IMPRESIONES DE UN VIAJE Á BAÑOS.

DE MADRID Á LISBOA.

POR

GERVASIO MONTERO.



CIUDAD-REAL.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL HOSPICIO.

1872.

Al señor don Enrique Boucherant,

comendador de la real órden americana de Isabel la Católica, jefe de la explotacion de los ferro-carriles de Ciudad-Real á Badajoz, etc., etc.

Mucha es mi osadía, sin duda, al decidirme á publicar unas cuantas páginas, para las cuales reclamo toda su indulgencia; que no otra cosa merece un trabajo de tan poco valor.

Seria un ingrato si no consignase de algun modo mi agradecimiento al hospitalario pueblo portugués, en cuyas playas he podido encontrar alivio á mis antiguos padecimientos; y al recordar que á usted debo en gran parte una dicha que apenas me atrevia á esperar, obligacion mia es, de la que no puedo prescindir, el dedicarle esta obrita, primer fruto de mi nulidad literaria.

He llegado á creer (y valga mi confesion, que es mi única disculpa) que no careceria de utilidad para los muchos españoles que en las temporadas de baños acuden á Lisboa y otros pueblos inmediatos, una especie de guía que les haga conocer algo siquiera de lo mucho bello que encierra aquella capital, digna de ser visitada, facilitándoles además algunas noticias de los establecimientos de baños, teatros, fondas, etc., y no titubée en hacerlo; si bien hallo que es trabajo superior á mis fuerzas.

Vea usted solamente mi buena intencion, y disculpe mi atrevimiento; que no poco se necesita para presentarse en la república de las letras sin mérito alguno que alegar en su favor, esponiéndose á que la crítica imparcial castigue con su censura al que, imitando en mal hora al grajo de la fábula, quiso lleno de presuncion lucir galas que no le pertenecen.

Gervasio Montero.

DOS PALABRAS EN CONFIANZA.

Debo decirte, amigo lector, antes que puedas enojarte conmigo, que el libro que te ofrezco ha de resentirse, como hijo de tan escaso ingenio cual es el mio, de falto de interés, bajo el punto de vista literario, é indigno por lo tanto de que de él se ocupe la crítica ilustrada é imparcial.

Creo, sin embargo, que no ha de serte inútil en tu viaje á Lisboa, y por lo mismo necesito decirte que lo leas sin prevencion, pues no has de ver en sus páginas una sola palabra que pudiera desfigurar la verdad: bien al revés de todos los libros de esta índole, en que el autor, con el santo objeto sin duda de dar mayor extension y amenidad á su obra, sacrifica no pocas veces la veracidad del relato, á la necesidad de hacerlo de un modo que cautive á los lectores.

Si desde su primera página te cansa, no tendré seguramente la menor parte de la culpa; porque de otro modo no se hacerlo: si lo arrojas, no harás bien; porque aparte toda presuncion, no le creo tan inútil para que no lo puedas consultar en viaje y durante tu estancia en Lisboa, Setúbal ó Cascaes, ya te dirijas á cualquiera de estos puntos con el solo objeto de veranear, ó bien tengas necesidad de buscar en ellos alivio á tus dolencias.

Quedaré satisfecho de mi obra, que emprendo con desconfianza, si puedo con ella librarte de la amargura que siente aquel que por primera vez visita una poblacion extranjera, sin que de ella conozca ni aun las principales calles; que vé un edificio cualquiera, y que tiene que renunciar á saber lo que es; si no molesta á alguno con sus preguntas, y que por último, solo á la casualidad debe la mayor parte de las veces, el poder visitar algo de lo notable que aquella poblacion encierra: quiero, en una palabra, ser tu compañero de viaje hasta tu regreso á Madrid, y solo te pido en cambio seas conmigo tan indulgente, como franco me he mostrado contigo.

DE MADRID Á LISBOA.

I.

EN MARCHA.

Una de las calurosas noches del mes de Julio fué la elegida para mi viaje, y á las ocho y media me hallaba en la estacion del Mediodia, que ustedes conocen pèrfectamente, provisto de mi correspondiente billete, y pasé al anden.

Todo allí anuncia movimiento, vida, animacion. Los viajeros se agolpan á los carruajes que forman el tren que dentro de pocos minutos ha de ponerse en marcha, para tomar por asalto *el mejor asiento;* como si fuera posible que para todos pudiera hallarse un asiento de preferencia. Bien ó mal, sin embargo, cada cual se acomoda en el suyo, no sin que antes tenga que sufrir algun pisoton de éste, un codazo de aquél, y una interpelacion algo brusca del de mas allá, que se sulfura por que la sombrerera de usted le ha rozado la punta de la nariz, ó el maletin le incomoda demasiado en los talones......

En viaje hay que acostumbrarse á todos estos inconvenientes y otros muchos; de modo que lo mejor que se puede hacer es desentenderse por completo de las indirectas más ó ménos ofensivas de alguna clase de personas, y asomarse, si no hay quien lo impida, á la ventanilla del carruaje, desde donde puede uno examinar á su sabor el aspecto que el anden presenta, que no deja de ser curioso.

Gritos aquí, amenazas allá, risas de un lado, llanto del

otro, todo á la vez y en alta voz; aquello es una verdadera torre de Babel, donde todos se confunden, se empujan se disputan el terreno.

Los mozos van y vienen conduciendo en carretillas de mano, para colocar en los furgones, verdaderas pirámides compuestas de baules, maletas, sacos de noche, sombrereras, etc., todo mezclado en democrática confusion, no siendo raro el ver que alguno de estos objetos caiga rodando y aplaste en su caida algunos callos; ó lo que es peor, haga que algun viajero que en aquel momento da el abrazo de despedida á un amigo, reciba en sus pantorrillas el beso cariñoso de un baul, y midan ambos el suelo mal de su grado, con detrimento notorio de sus trajes y personas, escitando por añadidura la hilaridad de los concurrentes, lo cual no les agrada mucho.

La paz se restablece por último, que todo tiene su término en este mundo, gracias al saludable aviso de la campana que llama por tercera vez á los viajeros, todos procuran acomodarse en sus asientos; se cierran las portezuelas, y al estridente silvido de la locomotora sucede la trepidacion del tren en marcha.

Yo, que me dirijo á Lisboa, cómo supondrán ustedes y si no pueden suponerlo, ocupo la octava parte del departamento primero, en el carruaje número no sé cuantos, de primera clase. Y no lo digo á ustedes por darme importancia, puesto que hoy, gracias á Dios, bien puede viajar en primera clase..... el que tenga dinero bastante para hacerlo. Otro es mi objeto al advertirlo así.

En un viaje largo, debe uno procurarse el medio de evitar hasta donde pueda hacerlo, los cambios de carruaje en las estaciones de empalme, y cuatro nada ménos hay desde Madrid á Lisboa: en Manzanares, Ciudad-Real, Badajoz, y luego en la línea portuguesa, en el Entroncamento; el carruaje que he citado á ustedes sigue directo desde Madrid hasta Lisboa, que no es pequeña ventaja.

Demos pues un adios á Madrid, y examinemos el interior del departamento; que no creo está demás el conocer á sus compañeros de viaje; guardando empero todas las conveniencias que la buena educacion exije.

Ocupa el asiento enfrente del mio—digo mal—lo ménos asiento y medio ocupa una Señora de edad y apariencia respetables. Debe pasar de los cincuenta, y su fisonomía es tal, que no me atrevo á delinearla por que no me gustaria dar á ustedes un mal rato.

Su carácter debe correr parejas con su aspecto físico. Un minuto hace que ha tomado asiento, y ya han sentido los efectos de su mal humor todos los compañeros.

El humo del tabaco la incomoda; no puede sufrir que una ventanilla se abra un momento para renovar la atmósfera; no cesa de repetir que los asientos son estrechos é incómodos, lo cual hace que su vecino la mire con aire de incredulidad, puesto que á él le usurpa la mitad del suyo.

En cambio nos hace sufrir, además de sus impertinencias de primer órden, un fuerte olor á almizcle, que nos hace creer lleva en el pañuelo, en el abanico que no cesa de manejar con afectada coquetería, y hasta creo que en toda su ropa, con lo cual pueden ustedes comprender qué mortificacion nos espera.

Su vecino es un jóven de presencia agradable y finos modales. Viste con elegancia y sin afectacion, y á juzgar por la paciencia con que sufre á su vecina, su carácter debe ser escelente.

A su lado se sienta un señor de edad provecta, que revela en su aspecto bondadoso y en la sonrisa que constantemente asoma á sus labios, que es todo lo que se llama un hombre á carta cabal.

Perfectamente afeitado; su fisonomía demuestra una salud á toda prueba: sus palabras son pocas,y dirigidas casi siempre en voz baja á una señorita que viaja en su compañía, la cual lo escucha con respectuosa atencion, y le prodiga toda clase de cuidados con un aire tan lleno de infantil alegría, que nos hace conocer en seguida que es su hija.

La hermosura de ésta, hace un notable contraste con la fealdad de la señora que antes tuve el honor de presentar á ustedes.

Hermosos ojos negros llenos de dulce expresion, rostro ovalado y de tez morena, boca sonrosada que deja entrever unos dientes de finísimo esmalte, mano aristócrata, talle gentil, y una voz de un timbre que llega al alma; lo que puede constituir una verdadera hermosura.

Otros dos personajes contiene nuestro departamento: son á lo que parece, marido y mujer, jóvenes ambos, y bien parecidos, ni á los demás compañeros de viaje atienden, ni de otra cosa se cuidan que de sí mismos; no hallo demasiado seductora la compañía de semejante pareja; pero en éste mundo tiene uno que amoldarse á las circunstancias, y no es ciertamente en un viaje donde puede un mortal elegir las personas que más le plazcan para establecer sociedad.

El último personaje que ocupa un asiento que por fortuna equivale á dos, es mi humilde persona.

Supongo tendrán ustedes deseo de conocerme, ó aparentarán tenerlos, y me apresuro á satisfacer su curiosidad.

Bajo de estatura: cara redonda, ojos castaños, bigote del

mismo color, nariz regular, y sin deformidad alguna en el rostro; hé aquí las señas que figuran en mi cédula de vecindad, á la que me refiero. Esto en cuanto á la fisonomía, físicamente hablando.

La moral—dicho sea sin jactancia—no es de las peores: buen carácter, algo susceptible en ocasiones, y siempre indulgente con todas las decepciones. ¡Tiene uno tantas! Mis amigos dicen que no soy malo, y no tengo enemigos á quien temer;.... y basta ya con respecto á mi, que no quiero hacerme enojoso.

. . . .

He dicho antes que el tren se puso en marcha: lenta al principio, vá aumentando su velocidad, y bien pronto se pierde de vista la coronada villa; es decir, se deja de percibir la claridad que sobre ella proyectan los faroles de gas, formando una especie de niebla luminosa.

Poco tiempo despues, llegamos á la estacion de Getafe, y al continuar nuestra marcha, el papá de la jóven que con tanto gusto mio he dado á conocer á ustedes, nos ofrece un cigarro de su petaca, que aceptamos sin cumplimiento; que entre españoles, nada hay que tenga el privilegio de estrechar las distancias como un cigarro ofrecido á tiempo, y tiempo hay de sobra cuando se viaja.

¡Nunca lo hubiera hecho! Nuestra vieja cócora pone un gesto avinagrado, y si sus miradas tuvieran la fuerza de los rayos, ni uno solo de nosotros se hubiera podido salvar de sus iras. Por fortuna no es Júpiter, y como por otra parte no tiene en su favor el privilegio de la hermosura, su despecho nada nos importa, y continuamos fumando como si tal cosa.

La conversacion se hace por fin general, esceptuándose el matrimonio jóven, que á nada atienden de cuanto á su alrededor pasa, y sabemos por confesion propia, que el señor de edad provecta y su niña, se dirigen á Portugal cuya capital no conocen, y se prometen disfrutar de su apacible temperatura todo lo que resta del verano.

Aquí nuestro jóven elegante, que desde el principio del viaje dedica miradas harto significativas á la hermosa morena, halla medio de ofrecerse de una manera demasiado galante para ser rechazada, á ser su compañero inseparable: pues idéntico objeto lleva, y conoce perfectamente, segun él dice, la capital del reino Lusitano.

El papá acepta con alegría la oferta, y la hija le da las gracias con una mirada tan espresiva, que seria capaz de inflamar el corazon ménos sensible, y creo que el de mi compañero nada tiene de pedernal.

Su conversacion se anima por grados: al principio toman los tres parte en ella; pero poco á poco el papá inclina la cabeza, y con sonóros ronquidos nos anuncia que está dormido como un leño, lo que no importa gran cosa á nuestros jóvenes, á juzgar por sus fisonomías; pero yo, que soy la discrecion personificada, dejo de tomar parte en su diálogo, y me dedico exclusiva y únicamente á buscar el medio de hacerme simpático á los ojos de la señora de los olores. ¡Fuerza es contentarse con alguna cosa, puesto que no tengo sueño, y no se vé fuera del departamento nada, absolutamente nada que pueda llamar la atencion del viajero!

Al llegar á Aranjuez ya sé por confesion espontánea, que tendremos que sufrir sus impertinencias y el olor á almizcle de que va satinada, hasta Alcázar de San Juan, á donde va con objeto de asistir á la boda de una hija suya, que casa ventajosamente, por más que ella tiene lo bastante para comer con desahogo.

Una sola cosa la da pena, segun dice, y es que ambos son demasiado muchachos, y que la niña, criada con una austeridad inaudita bajo la férula de una tia suya que jamás pudo ver á los hombres, ha entregado por completo su corazon á su amante, y no podrá jamás dominarle como ella, mi compañera, habria logrado dominar á su difunto esposo.

Yo creí cuanto quiso contarme la buena señora, y no tardé mucho en comprender que su esposo habrá sufrido en esta vida el purgatorio anticipado.

Pero insensiblemente mis párpados se cerraron, y pagué al sueño su tributo, sin que fueran parte á desvelarme ajenos cuidados, hasta nuestra llegada á Alcázar de San Juan.

Nos dispusimos pues, á aprovechar los *cincuenta minutos de parada y fonda,* y aquí se despidió de nosotros la consabida Señora, mas bien con el gesto que con la palabra; la correspondimos de igual manera y descendimos al anden.

El papá de la Señorita permite al jóven que dé el brazo á su hija para dirigirse á la fonda, y empiezo yo á sospechar que mi buen amigo ha logrado no serla antipático, á juzgar por la prisa con que ella acepta el ofrecimiento,

Yo, que solo deseo por el momento hacer un poco de ejercicio al aire libre, me entretengo en fumar un cigarrillo, paseándome á lo largo del anden; pues á ello convida lo apacible de la noche.

Trascurrido apenas el tiempo reglamentario, volvimos á ocupar nuestro sitio respectivo, mi linda vecina, su papá, el futuro cicerone de ambos y un servidor de ustedes.

Hemos perdido de vista al matrimonio jóven y á la Señora

de la perfumería ambulante; si bien nuestra compañía se refuerza con un caballero de unos treinta y seis años, de buen aspecto, franca fisonomía y sobre todo, dotado de un carácter escelente.

Sin embargo, creo que al vecino antiguo no le agrada mucho el habérselas con el nuevo compañero, con quien tiene que terciar en la conversacion que se generaliza con harta complacencia del papá, el cual no hace mucho tenia que contentarse con dormir ó fumar, y aventurar de cuando en cuando una de esas frases que nada significan, y que por lo tanto no necesitan contestacion.

Si ustedes quieren, podemos dejarlos hablar de lo que gusten; y puesto que de viaje vamos, desde Alcázar, que pretende en competencia con Alcalá de Henares, la gloria de ser la cuna del Príncipe de los ingenios españoles, haremos una escursion á través de algunas páginas del Quijote, maravilla de creacion fantástica, que el mundo entero contempla con asombro, y que en su género no tiene rival.

A favor de una luz clarísima que la luna nos presta, podemos asomarnos á la ventanilla, y aunque aquellas llanuras están desprovistas de todo encanto para la vista, facilitan ancho campo para entregarse por completo al recuerdo de la inmortal obra que hizo célebre á la Mancha.

En la cárcel del lugar de cuyo nombre no quiso acordarse el glorioso lisiado, en un calabozo, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido tiene su habitacion, fué engendrada; y sin embargo nadie puede leer uno solo de sus capítulos sin que la risa asome á sus labios y sienta dilatarse el corazon.

Sin grande esfuerzo ve uno ante sí la sombra del héroe manchego que sólo la fecundísima imaginacion del *alegre hijo de las musas* pudo concebir, embistiendo lanza en ristre con los molinos de viento, que mal que pese á todo el mundo gigantes han de ser para el desventurado hidalgo, y si al llegar á Daimiel no ven ustedes con toda claridad los ejércitos que manda *el grande emperador Alifanfaron*, y el de su enemigo *Pentapolin del arremangado brazo*, culpa será de los follones encantadores que en daño de nuestro caballero trocan y mudan las cosas y las vuelven segun su gusto. Al llegar á Almagro se percibe distintamente al caballero de la Triste Figura conquistando por el valor de su invencible brazo el famoso yelmo de Mambino en que Sancho tuvo la audacia de pensar hacerse la barba, si Dios llegaba á darle tanta gracia, que algun dia se viese con su mujer y sus hijos; y en esta villa, tan famosa por los riquísimos encajes que en ella se fabrican, fué donde Sanchica aprendió á manejar los boli-

llos, cuando su padre dictaba leyes á sus gobernados de la Insula Barataria.

Todo el trayecto que desde Alcázar recorre el viajero, toda aquella comarca, hasta llegar á Miguelturra, donde los batanes dieron tan soberbio susto al pobre Sancho, y pudieron infundir pavor en el esforzado caballero, es el teatro de sus fazañas mas famosas; campo estéril á la vista, y del que, sin embargo, el glorioso manco de Lepanto ha sabido recojer flores de tan hermosos matices, de perfume tan duradero y tan preciado, que su fragancia se estinguirá solamente cuando deje de oirse en el mundo la rica habla castellana.

. . . .

II.

BAÑOS DE FUENSANTA,

del Villar y Puertollano.—Extremadura.

Al llegar á Ciudad-Real, principio de la línea de Extremadura, y cuna del famoso Hernan Perez del Pulgar, «el de las hazañas», son las seis de la mañana, y todos nos hallamos dispuestos á tomar chocolate en la estacion.

No crean ustedes que el tiempo nos falta; llega y sobra para dar además unos paseos, siquiera sea con el único objeto de estender las entumidas piernas, cosa que no podremos hacer en el resto del dia, sin exponernos á ser achicharrados por los ardientes rayos del sol, que en Extremadura se dejan sentir tan de veras.

No es cosa de desperdiciar la ocasion; el fresco de la mañana es agradable; y en el anden, en cuyo centro hay un paseo de acacias que nos darán sombra.......... dentro de algunos años, no se está del todo mal.

Además aprovecho este rato para dar á ustedes una noticia interesante.

En la misma estacion se encuentra un omnibus para conducir á los que se dirijan á los hervideros de Fuensanta, cuyas aguas sulfurosas son de grandísimo efecto para toda clase de enfermedades cutáneas, y que gozan de más renombre para las de la matriz y otras que aquejan á nuestro sexo bello, de cuyos baños se citan curas prodigiosas.

En el Establecimiento, cosa que no suele suceder en los demás de su clase, hallan los bañistas habitaciones cómodas, esmerado trato, buen servicio; y en fin, lo que contribuye y no poco á hacer más llevadera la estancia en él, una sociedad escogida.

Diez y seis kilómetros dista de Ciudad-Real la estacion de la Cañada, en cuyo punto hay establecido un servicio de tartana que recorre la legua escasa que media entre aquella

pequeña poblacion y los baños del Villar, muy recomendados para las afecciones reumáticas y nerviosas.

De desear seria que en este punto fuese más cómoda la estancia de los que por necesidad tienen que acudir á él, y esperanzas hay fundadas de que mejore de año en año; aunque el pueblecillo del Villar carece, la mayor parte de las veces, hasta de lo más necesario, y sus vecinos tienen que proveerse en Ciudad-Real de las cosas más insignificantes.

Todos ustedes habrán oido la fama de que gozan los baños de Puertollano para los males de estómago. A la estacion, situada estramuros del pueblo, se llega á las ocho de la mañana, y dista de Ciudad-Real 39 kilómetros.

La naturaleza de aquellas aguas está considerada de acídulo-carbónicas, y su temperatura es de 13° Reaumur: si ustedes desean probarlas, pueden dirigirse al puestecillo que hay enfrente á la estacion, donde les servirá una pobre mujer cuanta *agua agria* pidan; prévio, sin embargo, el precio corriente de dos cuartos el cuartillo.

En la temporada de baños (desde el 15 de Junio al 15 de Setiembre) la concurrencia es numerosa, y los bañistas pueden disfrutar de un pequeño teatro, que en sus primeros tiempos era iglesia, en el que suelen algunos aficionados lucir sus condiciones en el arte de nuestro Romea.

Celébrase en esta villa, desde el año de 1348, una fiesta que atrae á ella numeroso gentío, tanto de los pueblos circunvecinos, como de la capital.

Hé aquí su orígen, segun Simon Montero en su «Espejo cristalino de las aguas de España en 1695.»

«Celebra dicha villa, entre otros por voto principal, el felicísimo desposorio de María Santísima, y su siempre vírgen «esposo San José, cuya fiesta solemne celebra el dia octavo de la Ascension; da una abundante limosna de pan y «carne; es antiquísima su solemnidad y se votó en una peste «en que solo quedaron trece casados en dicha villa, los cuales hicieron este voto.»

Es tal y tan arraigada la devocion en los vecinos de Puertollano á pesar de haber trascurrido 524 años desde el ofrecimiento de aquel, que no hay memoria de que una sola vez haya dejado de cumplirse, sobrando siempre pan y carne, por mucha que la concurrencia sea.

Segun la tradicion, eran 3.000 los habitantes que aquella villa contenia el año en que la peste los azotó, y no quedaron de ellos más que trece casados, los cuales hicieron el voto.

Para cumplirlo, compra todos los años el Ayuntamiento, cuando ménos, una váca: pero las ofrendas de los vecinos y

forasteros dán por resultado algunas más, y bastantes carneros, así como pan, garbanzos, etc.

Las vacas se subastan cuatro dias antes entre los mozos del pueblo, que las pasean recogiendo las limosnas de los que por gusto ó enfermedad se suben en ellas, llevando su fé exajerada, hasta el estremo de empapar sus pañuelos en la baba de las reses y aplicarlos despues á la parte enferma.

La víspera de la fiesta, el Ayuntamiento reparte á todos los vecinos, casapor casa, una racion de carne, y en la misma noche se empiezan á cocer en los patios de la ermita deNtra. Sra. de Gracia, setenta ó más ollas de arroba, que contiene la comida del siguiente dia, la cual se distribuye á las doce de la mañana, y en tanto hierven las ollas, todo el pueblo entona cánticos á la Vírgen, llenos de fé sencilla, y cuya letra, que viene á ser una historia del voto, es debida al Médico titular de aquella villa, Sr. Mestre.

Desde la siguiente estacion, Veredas, cambia por completo el aspecto del paisaje. Empieza aquí el famoso valle de la Alcudia, de vegetacion rica y terreno cada vez más accidentado á medida que el tren avanza.

Pueden ustedes beber un vaso de riquísima agua en la Caracollera, y despedirse ya de la Mancha y sus llanuras desiertas, despues de haber pasado las ricas cordilleras de Almaden, cuyas minas de azogue no tienen competidoras. Tambien existen otras de plomo argentífero entre este punto y Almadenejos, llamadas de Santa Eufemia, cuyos productos se exportan en cantidad considerable para Lisboa, con destino á Inglaterra en su mayor parte.

Llégase á Belalcázar, primer pueblo de Extremadura, y de la que tambien se extrae algun mineral: aunque no tanto que pueda considerársele como poblacion minera, debido sin duda á la falta de capital, que empleado en su explotacion obtendria pingües resultados.

Trece kilómetros de este punto y 147 de Ciudad-Real, dista la poblacion en que vió la luz el virtuoso sacerdote, el ejemplar ciudadano mártir de nuestras libertades, el ínclito Muñoz Torrero.

Es Cabeza del Buey, pueblo de bastante estension: su principal riqueza consiste en los ganados lanar y de cerda, cuyo número de cabezas, que es inmenso, manda en cantidades considerables á los mercados de Madrid, Barcelona y Zaragoza. Pueden ustedes verlo á la izquierda de la vía, donde tiene un apeadero, en cuyo muelle habrá seguramente algunos centenares de sacas de lana, que irán destinadas sin duda á poblaciones fabriles de la vecina República francesa. Su industria se reduce á algunos telares.

Entre Cabeza del Buey y Almorchon, tenemos que atravesar un túnel, cuya longitud es de trescientos metros. Sin que pueda yo adivinar la causa, noto que al volver á la claridad, mi linda vecinita mira con aire de marcado disgusto á su galan de circunstancias, y éste no se atreve á levantar la vista, sin que el papá se aperciba del cambio operado en la fisonomía de ambos, por que el buen señor, la barba sepultada en el pecho y con las manos cruzadas sobre su abdómen, duerme el sueño de los justos, roncando como un jerónimo.

¿Qué diablos habrá pasado en los pocos segundos que hemos tardado en atravesar el túnel?—Me pregunta en voz baja el otro compañero de viaje, indicándome á los dos jóvenes que tal trasformacion demuestran haber sufrido.

Como yo no puedo contestarle satisfactorimente, me encojo de hombros, y me limito á contestarle, parodiando á Sancho de quien es admirador: «de mi viñas vengo, no sé nada».—y continuamos hablando de cosas indiferentes, pensando en otra que no lo era tanto; en almorzar en la fonda de Almorchon dentro de pocos minutos, de lo cual nuestro estómago sentia una imperiosa necesidad.

Por fin, pronto divisamos las ruinas de un castillo, que como un nido de águila sienta los restos de sus paredones sobre una escarpada roca, y un momento despues nos hallábamos en el alcázar de nuestra redencion.

Nuestra incomodada jóven despierta á su papá, que bosteza enormemente, estiende los brazos y mira con desmesurados ojos á uno y otro lado, mientras el tímido galan se apresura á ofrecer como de costumbre el brazo á la niña, que acepta, sin duda por el bien parecer; y despues de pagar todos el consabido tributo de la revision de billetes, penetramos como una avalancha en la fonda, donde cada uno se desquitó lo mejor que pudo de los doce reales que tuvo que abonar, en cambio de un regular almuerzo.

Cuando salimos de la fonda, nuestros compañeros han hecho las paces; rien con toda su alma sin que sepamos por qué; miran á los demas, como estrañando que todos no se hallen en la misma disposicion de ánimo.

Hasta el papá se ha vuelto mas comunicativo con el jóven galante, gracias á las frecuentes visitas hechas, durante el el almuerzo, á cierta botella de vino de regular cabida.

Vuelta á subir á nuestro departamento, por que el calor que se siente es extraordinario, y no hay siquiera un árbol á cuya sombra pueda uno guarecerse de los rayos del sol.

III.

HASTA LA FRONTERA PORTUGUESA.

Es la estacion de Almorchon, el punto de empalme con el ramal que sigue hasta la cuenca hullera de Espiel y Belmez, desde donde continúa en direccion á Córdoba; pero en el dia solamente llega la vía férrea hasta la Alhondiguilla, abrigándose la esperanza de que en un plazo no lejano pueda estar terminada en toda su estension.

Los criaderos de carbon de Peñarroya son de una potencia fabulosa, y su calidad puede competir con la de la mejor hulla inglesa: su explotacion se hace en una escala considerable; pues no baja de 6.000 toneladas mensuales el combustible que se extrae de éstas minas, cuyo número tiende á aumentar de dia en dia.

Veinte y cinco kilómetros es la distancia que hay que recorrer desde Almorchon á Castuera, en cuyo punto existe una fábrica de fundicion de plomo extraido de las minas que en aquel término se explotan, y cuyos productos son enviados al mercado de Lisboa, con destino sin duda á Inglaterra.

Envia Castuera algunas remesas de lana en sucio á diferentes poblaciones fabriles de Cataluña, y aun á Francia, y expórtanse además partidas no pequeñas de pieles secas, la mayor parte destinadas á Irun, Hendaya y otros puntos de aquella República

Al pasar por Campanario, una turba de mujeres y chiquillos, aquellas muy sucias y éstos casi completamente desnudos, atronaban los oidos con sus clamores incesantes, pidiéndonos limosna en plañidero son, de tal modo, que aun despues de puesto el tren en movimiento, algunas mujeres

siguieron gran trecho corriendo á lo largo de la vía, hasta que sus fuerzas les faltaron.

Nada diré á ustedes de la estacion siguiente, Magacela; porque nada hay en ella de particular.

En cambio, al llegar á la de Villanueva de la Serena, villa de bastante consideracion, la vegetacion es mas rica, y á ambos lados de la vía se ven huertas cuidadas con esmero; viñas cuya plantacion regular y simétrica se desenvuelve en caprichoso juego á la vista, é infinidad de árboles frutales.

La poblacion, á lo que se puede juzgar, es bastante buena: sus casas blanqueadas perfectamente, presentan muy buen aspecto.

En la estacion pudimos comprar una enorme sandía que nos sirvió de agradable refresco, sobre todo viéndonos en la imposibilidad de encontrar un vaso de agua regular con que poder mitigar la sed, que se hacia insoportable con el calor extraordinario que sentíamos.

La ciudad de Don Benito, es de mayor estension todavía: y es cosa de admirar las monstruosas higueras que se ven al paso, bajo las cuales, segun nos dijo un caballero de ésta poblacion que subió á nuestro departamento, se suelen albergar á veces familias numerosas.

Antes de llegar á la estacion de Medellin, se divisa ya la poblacion que la da nombre, y en la que el famoso Hernan-Cortés vió la luz primera: villa memorable además por la batalla de triste memoria que en aquel sitio tuvo lugar contra los ejércitos franceses á principios de éste siglo; y desde éste punto pasamos sucesivamente por Guareña y Villagonzalo, sin hallar nada que pueda llamar nuestra atencion.

A la izquierda del apeadero de la Zarza, se hallan los baños de Alanje: sus aguas son de naturaleza acídulo-carbónicas; muy recomendadas para las afecciones herpéticas y del estómago. La temporada oficial de dichos baños se halla establecida desde el 24 de Junio al 4 de Setiembre.

A cosa de treinta metros de la estacion empieza un magnífico puente metálico que atraviesa el Guadiana, obra admirable por su construccion y magnitud, y uno de los mayores de España, obra que honra á la empresa que lo llevó á cabo.

Su longitud es de cerca de 700 metros: se compone de once tramos colocados sobre diez magníficos pilares de piedra silleria, cuya distancia intermedia es de 50 metros; y por último. para concluir. diré á ustedes que se tarda en recorrerlo á la velocidad ordinaria del tren, minuto y medio justo.

El Guadiana sigue su curso tortuoso sin que lo perdamos de vista, puesto que lo cruza la vía de corto en corto trecho:

sus orillas se ven pobladas de frondosos álamos y espesos cañaverales, que ofrecen un aspecto risueño.

Al llegar á la estacion de Mérida, se ve á la izquierda un puente colosal, y á su derecha restos imponentes de un soberbio acueducto, ambos de construccion romana que recuerdan la grandeza de aquella poblacion, cuyas ruinas son dignas de ser visitadas.

En ella existen en el dia varias fábricas de tegidos, y de su estacion se expiden grandes partidas de fosfato de cal, procedentes de las minas de Logrosan, destinadas á Lisboa para su exportacion á Ingraterra; pudiendo calcularse las expediciones en 2.000 toneladas mensuales, por término medio.

En éste punto tuvimos el peor encuentro que podíamos pensar; despues de haber sufrido desde Madrid á Alcázar de San Juan la presencia de aquella buena Señora que ustedes recordarán, dábamos gracias á Dios por que al fin nos habia librado de ella, y nos prometiamos que nuestra desdicha habia terminado. ¡Error lamentable! Nos faltaba algo aun, y hé aquí que el castigo se presenta bajo la forma de una Señora de sus 60 años, de pelo postizo, dientes postizos, color postizo, y hasta póstiza fué la mueca, que ella creia sonrisa que nos hizo al saludarnos á su entrada.

Pronto nos hizo conocer ésta Señora la naturaleza de su carácter. Todo la incomodaba: el sol, el aire, el polvo; si abria usted la ventanilla un solo instante, el polvo la incomodaba en la garganta: cerraba usted, y el sol le hacia sufrir á través del cristal; corria usted éste y lo reemplazaba por la cortinilla, y el aire que la movia la proporcionaba un catarro, de modo que llegamos á sospechar que aquella arpia con faldas estába incómoda aun dentro de su piel.

Hubo pues que renunciar á asomarse á la ventanilla, por no tener que sostener una constante pelotera, dado el carácter ágrio de nuestra maldita compañera, y renunciamos á nuestra comodidad por no vernos en el caso de tener que sufrir sus dichos caústicos que nos hacian tanto mas daño, cuanto ella procuraba velarlos bajo la máscara de la delicadeza mas esquisita y cortesana.

Yo por mi parte, por no ver sus gestos, cerré los ojos, y así recorrimos los 60 kilómetros que hay entre Mérida y Badajoz, sin aventurar siquiera una mirada al pueblo del Montijo, de donde toma origen el titulo primitivo de la hoy desgraciada Doña Eugenia de Guzman y Portocarrero, no ha mucho tan amada del pueblo francés.

Saludé mentalmente á la majestad caida, y mis reflexiones terminaron al oir que nos hallábamos ya en la estacion de Badajoz, y última de la línea española.

Aquí se operó en seguida un gran movimiento: maletines sombrereras y sacos de noche volvieron á salir al aire; todo el mundo abandona sus asientos, los unos por haber llegado al término de su viaje, y los otros, en cuyo número me cuento, para dirigirnos á la fonda; pues son las seis y media de la tarde, y no es cosa de pasarse sin comer.

¡Cual fué mí sorpresa al hallar en ella á un antiguo amigo mio que se dirigia como yo á Lisboa! Despues de darnos un fuerte abrazo, tratamos de despachar nuestra pitanza lo mas de prisa posible, para poder tomar una taza de café despues de la comida; pícara costumbre de la que no sé prescindir, y entre sorbo y sorbo de la susodicha infusion, bastante aceptable por cierto, hícele una sucinta relacion del motivo de mi viaje, en su lugar se pondrá y la intencion que tenia de tomar los baños en Çascaes, contándole además los episodios que ustedes conocen.

Ví en su rostro desde que empecé mi relacion, una marcada señal de disgusto que me chocó extraordinariamente, y le pregunté la causa.

—Tu viajas en primera; ¿no es verdad?

—Así es—repuse; pero ¿por qué me lo preguntas?

—Por una sencilla razon; por que yo he tomado billete de segunda, y no podemos ir juntos como yo desearia; tu viajas á lo príncipe, y haces bien, puesto que puedes hacerlo: mis fuerzas no me permiten ese lujo, y tengo que ser más modesto. Hé ahí la razon.

—¿Nada mas?

—Nada mas.

—Pues negocio concluido: soy tu compañero, y viajaremos en segunda clase, que en verano no es incómodo—Así cómo así, quiero librarme á todo trance de la pécora de Mérida, y no me disgustará el conocer tipos nuevos, que no suelen faltar en todas partes.

—Venga esa mano y vamos.

—Vamos pues, que el tiempo ya no sobra y tendremos que aprovecharlo.

Con lo cual nos dirigimos al primer wagon de segunda clase que encontramos, y fué á tiempo; puesto que ya un empleado portugués nos dice en idem, que ficaremos en terra, cosa que me haria maldita la gracia; en consecuençia, nos acomodamos á nuestra satisfacion, y mientras suena la señal de partida, encendimos un segundo cigarro, sin miedo de que nadie se incomode: puesto que ambos estamos al lado de la ventanilla, y ésta la tenemos abierta.

IV.

EN LA FRONTERA.

El wagon que hemos elegido, es el en que va la correspondencia; por lo cual, una sexta parte de él lo ocupa un empleado de Correos portugués, y los sacos destinados á éste servicio.

El resto, casi está vacío; pues solamente en la segunda division ván tres ó cuatro personas; y en la inmediata á la nuestra, ocupan los asientos dos jóvenes sacerdotes españoles, y un caballero de unos 60 años.

Es bajo de estatura, rechoncho, de colores encendidos, perfectamente afeitado, á escepcion de la sotabarba, bastante pronunciada: su rostro carece de espresion, si bien tiene algunos puntos de contacto con la figura del mono. Su boca es demesurada, la frente chata y sus orejas enormes. Rie á carcajadas sin motivo alguno, y sus ojos de una magnitud extraordinaria, giran siempre de un lado á otro como espantados.

En cambio, es muy ceremonioso: á cada persona que entra en el wagon, le saluda con un respeto que pudiera llamarse afectado, si no fuera ya ridículo; y aunque quiera hablar en español, échase de ver en seguida por su acento, que es portugués; y efectivamente, él dice que se halla avecindado en Elvas; pero que todos ó la mayor parte de los dias viene á Badajoz á sus negocios. Por supuesto, que mientras dice ésto, que nada tiene de particular, ha soltado la risa tres ó cuatro veces, y otras tantas ha rellenado su enorme nariz de berengena con puñados de rapé, teniendo cuidado de cu-

brirse el pecho cada vez que lo hace, con un pañuelo de yerbas, sin duda para no manchar su chaleco blanco.

Apesar de la amenaza que se nos habia hecho, el tren tarda aun más de un cuarto de hora en ponerse en movimiento, y nos pesa de haber tomado por lo sério la primera admonicion de aquel empleado: lo tendremos en cuenta, y en tanto voy á permitirme presentar á ustedes al individuo que con carácter oficial ocupa el departamento del correo; que merece la pena de que ustedes le conozcan.

Es un indivíduo de sus 50 años, poco más ó ménos, alto y enjuto de carnes, frente estrecha, ojos muy vivos y nariz aguileña muy pronunciada; boca enorme que deja ver á cada momento unos dientes grandes, raros y sucios; patillas anchas y completamente canas, como dos mechones de pelo que pegados á las sienes, se veian debajo de su gorra azul con ancho galon de oro.

Sus manos descarnadas, como el resto de su cuerpo, se agitan sin cesar; ora se rasca la calva, cubierta á medias con un mechon que pide prestado á la nuca para llenar éste servicio, ora se echa atras la gorra con muestras de mal humor; ya se abotona la chupa de uniforme, bastante raida y mal encubierta por un gaban de castor mas raido aun, que en tiempos fué blanco y hoy se empeña en aparecer de distinto color, ó se limpia el sudor con el pañuelo de los cinco; tan pronto se pone á contemplar los sacos que le rodean, como acude á la puertezuela del carruaje echando á todas partes miradas inquietas. De pronto busca en todos los bolsillos algo que no encuentra, y su rostro se contrae; halla por fin lo que desea que es nada ménos que los quevedos, que envueltos en un papel muy sucio tenia sepultados en el bosillo del gaban: coje un paquete de correspondencia, lo examina con detencion y lo arroja al fondo de un saco.

Vuelve á tomarlo, y se lo presenta á nuestro vecino diciéndole en portugués que léa el sobre de aquel paquete.

Nuestro vecino lo examina á su vez, y se lo devuelve contestando que no entiende bien la letra, á lo cual le replica el otro con desden soberano: «Vocé é un burro»

Lejos de incomodarse el vecino, suelta una carcajada estrepitosa, y como ve nuestra estrañeza, nos dice en voz baja y guiñando un ojo.

—No hay que hacerle caso; es un hombre de muy buen humor, y hace ya mucho tiempo que me conoce.

Con lo cual nos convencimos de que no habia insulto por parte del empleado de Correos. No obstante, hubo un momento en que llegamos á creer que era víctima de una enajenacion mental.

En el momento en que el tren se puso en movimiento acertó á caer al suelo un paquete de cartas, y entonces nuestro hombre se entregó—á lo que parecia— á un trasporte de furor. Tira al suelo su gorra, se frota con rabia la frente y eleva sus puños crispados, abandonando esta posicion trágica para ponerse á silvar un aire de marcha, haciendo acompañamiento con los piés. Por fin se calma, y echa entonces mano á una enorme bota que lleva en un rincon, y se pone á trasegar tranquilamente una buena porcion del líquido que contiene: limpia su boca con el revés de su mano, y ofrece de beber á su conocido antiguo, que acepta con gusto, dirigiéndonos un guiño que parecia decir «ya lo ven ustedes.»

He dicho que el tren se puso en movimiento; pero ¡qué movimiento. Dios santo! Cada vaiven del vehículo nos hacia chocar unos contra otros: un ruido infernal, ocasionado por las ruedas, á duras penas nos permitia entendernos, si no hablábamos á gritos; y por último, viajábamos casi á paso de tartana.

Esta parsimonia no fué del todo infructuosa; pues podíamos fijarnos en el panorama que nos ofrecia la campiña cultivada con bastante esmero, haciendo un notable contraste con lo que durante el dia habíamos visto.

A nuestra izquierda apercibimos al poco rato, sobre una colina, la primera poblacion portuguesa, Elvas; plaza fortificada, cuya vista nos impresionó agradablemente.

El sol, próximo ya á su ocaso, bañaba con su luz las fachadas de sus casas, blancas como la nieve, que se presentan coronando la muralla que rodea la ciudad, formando una especie de anfiteatro: las torres de dos ó tres iglesias se destacan elevando al cielo sus agujas, y por último se distinguen los anchos fosos que rodean la poblacion, convertidos en jardines. Pocos momentos despues llegamos á la estacion que lleva su nombre, y el señor ceremonioso se despide, no sin dar un apreton de manos al que le conocia de tanto tiempo.

Confieso que me sedujo el aspecto de la estacion. Un espacioso anden cubierto y perfectamente asfaltado ofrece á los viajeros un rato de descanso: el edificio, aunque sencillo es elegante, y le rodea un precioso jardincito muy bien cuidado.

El Jefe, de rigoroso uniforme, se pasea con la gravedad de un patriarca dirigiendo á sus empleados miradas protectoras. Estos van y vienen de un lado á otro, en tanto que los que pertenecen al fisco suben á los carruajes, y con una escrupulosidad que llega á molestar, registran las maletas y cuanto encuentran, retirándose por fin despues de dar las gracias y recomendar de vez en cuando á los viajeros que «tengan paciencia»; frase equivalente al «usted dispense» que entre nosotros se usa.

Tambien allí se encuentra representada la policía por diez ó doce indivíduos, y tanto éstos como los aduaneros visten su correspondiente uniforme, bastante parecido.

Una advertencia que no creo fuera de lugar.

El viajero procedente de las líneas españolas, tiene que abonar dos cuartos á cambio de una especie de boletin que un empleado le entrega, por cada bulto de los que constituyen su equipaje.

Por de pronto me estrañó tal exigencia; pero me limité á pagar, y no me cuidé de averiguar la razon de esta exaccion; si bien más tarde he sabido que es el equivalente á diez reis en moneda portuguesa que se abonan por derecho de registro.

A todo esto, pasa más de media hora, y el tren sigue parado. Aprovecho ésta circunstancia para beber un vaso de agua, y un empleado me indica donde puedo hacerlo. Efectivamente veo en una de las habitaciones bajas, una tinaja de barro, y sobre una palomilla de madera, á su lado, un jarro de hoja de lata; satisfice mi necesidad, y cuando quise pagar, el mozo me repuso que no se pagaba el agua.

¡Hospitalario pueblo Portugués! yo te saludo, dije para mí: Entro sediento en tu territorio, y mitigas mi sed sin exigir retribucion alguna, considerándolo aun como una obligacion sagrada! Yo te bendigo, dije, y me dirigí al coche á participar á mi buen amigo tal acontecimiento, que escuchó con la misma estrañeza que á mí me produjera.

V.

LÍNEA PORTUGUESA.-LLEGADA Á LISBOA.

Achaque antiguo es en muchos, el suponer que todo español halla excelente cuanto vé fuera de su patria, mientras en ella todo lo juzga detestable, y aun creo haberlo visto consignado en letras de molde; pero se equivocan grandemente los que de tal manera piensan al hacer la aplicacion en general, sin que por esto deje de confesar que desgraciadamente hay algunos españoles de pega á quienes pueda tachársele con justicia semejante defecto.

La virtud está en un buen medio, me dirán ustedes; á lo cual replicaré que la razon les sobra. No pertenezco á la clase de los primeros, y líbreme Dios de pensar como los segundos, por que en todas partes se halla mucho bueno y mucho malo; y seria sandez notoria el alabar una cosa pésima, del mismo modo que daria de su rectitud mala idea quien se empeñase en hallar mediano lo reconocido generalmente por bueno.

Y hago esta protesta de antemano, por que no me critiquen ustedes de parcialidad injusta; que es á mi entender curarse en salud.

Decía, pues, en el capítulo precedente, que nos causó bastante estrañeza el hallar en una estacion y á disposicion de los viajeros agua con que apagar la sed. ¿Y cómo no, si no estamos acostumbrados á semejante galantería—que no otra cosa es, en una palabra?

En España—ustedes lo saben perfectamente—hay en muchas estaciones algunas mujeres qué, cántaro al brazo, ofrecen agua á los viajeros á cambio de una moneda insig-

nificante, es cierto; pero ya puede uno decir que compra el agua que bebe, mientras que en Portugal se la facilitan gratis, no sólo en las estaciones del ferro-carril, si no en varias partes donde se necesita del favor del público, segun he podido convencerme por esperiencia propia; cosa que no puedo ménos de alabar, prometiendo en cambio criticar cuanto malo ó ridículo pueda encontrarse en nuestro viaje, acomodándome al dicho del sabio: «*Amicus Plato; sed magis amicus veritas.*»

Y prosigo, por que barrunto en ustedes mas deseos de conocer el país que recorremos que el de recordar máximas, que si son buenas, no dejan de ser...... lo que siempre serán; mal que á muchos pese.

Despues de un largo rato de espera, continúa nuestro viaje con la velocidad con que habia empezado, que se nos hacia mas lenta aun, comparándola con la que en el ferro-carril de Extremadura habíamos tenido, puesto que escedia con mucho á la de la línea de Alicante; pero pronto nos acostumbramos á olvidar las incomodidades del momento, gracias al conductor de la correspondencia, que con sus acciones grotestas nos proporcionaba ratos deliciosos.

La noche empezaba á cerrar, no tan oscura que dejaran de percibirse con alguna claridad los accidentes más notables del terreno que atravesábamos; pero la fatiga consiguiente á tantas horas de marcha y el calor que durante el dia habia sufrido, me rindieron de tal modo, que mis ojos se cerraron y dormí un buen rato, hasta que llegamos á la estacion de Bemposta.

La luna alumbraba ya, aunque no con tanta claridad como la noche anterior, y gracias á ella pudimos admirar la belleza de la campiña, la vegetacion risueña que por todas partes se distingue, y por último, una esclamacion de alegría que á mi amigo se le escapa, me hace volver la cabeza hácia la derecha de la vía.

¡El Tajo! fué su única frase, y fué decir bastante, por que nada puede dar una idea aproximada de lo que se siente dentro del corazon al ver aquella anchísima superficie de agua, plateada por el reflejo de la luna, y la frondosidad de sus riberas pobladas de sauces y álamos, cuya sombra proyectan las aguas en formas caprichosas.

Llegábamos á la sazon al magnífico puente que cerca de Abrantes atraviesa el rio; y la admiracion que sentiamos al contemplar la belleza de aquel encantador paisaje era tal, que no es para descrita; en cambio esperimentamos una verdadera tristeza en el momento en que por efecto de la direccion que lleva el camino, llegamos á perderlo de vista.

Serian las doce de la noche cuando llegamos al *Entroncamento*, estacion en donde, como su nombre lo indica, bifurca la vía; dirigiéndose la llamada del Norte á Oporto, mientras que la que sigue hasta Lisboa es conocida con el nombre de línea del Este.

El edificio es elegante y de proporciones regulares: como estacion de empalme tiene dos andenes cubiertos: el piso es de asfalto en sus dos fachadas, y la rodean jardines que ofrecen bonitos paseos y cómodos asientos.

La fonda, así como el restaurant, se ven estraordinariamente concurridos; puesto que á esta hora llegan simultáneamente los trenes de Lisboa y Oporto que cruzan con el que, procedente de Badajoz, tiene que dividirse á su llegada aquí.

El servicio de la fonda es bastante bueno, y los precios económicos, pudiendo el viajero, si lo desea, cenar por lista ó en mesa redonda; lo cual indudablemente es más aceptable.

En cambio en el restaurant, donde es mayor la concurrencia, si ustedes quieren seguir mi consejo, limítense á tomar el *chá* (thé) que lo hallarán excelente, ó una taza de café, que es bastante bueno, y me agradecerán la advertencia; si bien el tiempo de espera llega y sobra para todo.

Como no hay plazo que no se cumpla, tambien para nosotros llegó la hora de continuar la marcha, despues de una detencion de más de sesenta minutos; pero con la mala suerte de que la luna ya no nos prestaba su luz, de modo que nada podíamos distinguir fuera del wagon, y así caminamos rodeados de tinieblas hasta llegar á Alhandra, donde la aurora empezaba á sonreir, llenándonos de alegría.

Vamos recorriendo la orilla derecha del Tajo, navegable ya en este punto, y de cuya compañía gozaremos hasta Lisboa. Numerosos lanchones de trasportes cruzan sus aguas cubiertas por la neblina que se forma con el crepúsculo y que no tardará en disipar el primer rayo del sol; blancas casitas de pescadores pueblan la ribera donde se ven amarradas multitud de lanchas, en cuyo fondo duermen aun perezosamente algunos muchachos, sin que el ruido del tren sea poderoso á despertarlos; pasamos por el centro de algunas poblaciones; el silbato no deja un momento de advertir nuestra llegada; por todas partes la campiña presenta una vegetacion llena de vigor, de modo que el viajero cree ser juguete de un sueño delicioso; tal es la rapidez con que desaparecen y reaparecen quintas, casas, pueblos de más ó ménos importancia, mientras el cielo se tiñe de color naranja y el sol parece que se levanta del fondo de las aguas, sobre las que forma una estela luminosa.

A la opuesta orilla empiezan á distinguirse, como á través de un espejo y medio ocultas entre los árboles, algunas casas de recreo, pueblos y colinas, y allá á lo léjos, el mar, surcado en todas direcciones por buques de diversas clases, sin otro límite que el cielo.

Fuerza es convenir en que no pnede mirarse tanta belleza sin que se sienta conmovido el corazon. La naturaleza tiene encantos que no pueden describirse; es necesario sentirlos para conocer su valor.

Sacavem, á cuyos muros toca la línea férrea, y en la cual existe una fábrica de loza inglesa, digna de ser visitada; Olivaes y Poço do Bispo, se suceden con insignificante intervalo, pudiéndose considerar como un arrabal de Lisboa; los jardines y casas de campo que al paso se hallan son muchos y de bellísimo aspecto, hasta llegar á aquella ciudad. Por fin á las seis de la mañana nos hallábamos en la suntuosísima estación de Santa Polonia, término por ahora de nuestro viaje.

VI.

NUEVOS CONOCIMIENTOS.

Plaza del Comercio en Lisboa.—Un pequeño viaje en vapor.

Despues de sufrir el indispensable registro de equipajes y de saludar quizás por última vez á los compañeros de viaje, mi amigo y yo salimos del edificio, digno por cierto de la capital de un reino, y apenas pusimos el pié fuera de sus dinteles, una verdadera nube de comisionados de los hoteles nos cercan, nos acosan, se disputan su presa con una tenacidad tal, que á no causarnos risa, fuera cosa de encolerizarse; porque materialmente nos impiden dar un solo paso con su charla sempiterna.

El mejor modo de salir del atolladero es el aceptar las tarjetas que cada uno nos presenta, con lo cual conseguimos que nos dejen en paz; y puesto que vemos delante de nosotros algunos vehículos en que poder elegir, mi amigo Genaro me presenta una de las muchas tarjetas que habia recibido.

—Somos ante todo españoles, me dijo. Por consiguiente, debemos protejer á nuestros compatriotas.

—Nada mas justo, repliqué; y llamando á un cochero, le indiqué las señas del *Hotel español*. Rua da Prata, nº. 250, á cuya puerta llegamos en ménos de diez minutos.

Dí al automedonte una pieza de quinientos reis, equivalente á once reales de nuestra moneda, próximamente, y subimos al segundo piso, donde nos instalaron en una habita-

cion, que sin ser lujosa no era tampoco de mala apariencia.

Dos camas, una mesa, dos labavos, seis sillas y un confidente era todo el ajuar de nuestro cuarto: lo bastante para no estar del todo incómodos, y despues de lavarnos y mudarnos de traje, cosa de que teníamos gran necesidad (tal veníamos del sudor y polvo del camino) un mozo se presentó á decirnos que el *chá* estaba dispuesto rogándonos que pasásemos al comedor.

No nos hicimos repetir la invitacian, y seguimos al fámulo á una sala bastante espaciosa, destinada á aquel servicio, donde se hallaban sentados á la mesa dos caballeros á quienes saludamos con una inclinacion de cabeza. Fuimos correspondidos de la misma manera, despues de lo cual nos acercamos á ocupar nuestros respectivos asientos.

A fuer de españoles bien educados, ofrecimos á nuestros comensales una taza; pero ¡cual fué la alegria que sentimos al comprender que eran paisanos nuestros!

—Decididamente, dijo Genaro, la fortuna me proteje. Creí que al venir por primera vez á Lisboa habria de hallarme como un palomino atontado, y no solamente he tenido la fortuna de tener desde Badajoz tu compañía, si no que la suerte nos presenta aquí nuevos conocimientos; atreviéndome á esperar que éstos caballeros nos honrarán con su compañía, si los negocios que á Portugal les traen no se lo impide.

—Nosotros seremos los privilegiados, señores, repuso uno de los dos—el de más edad—puesto que ningun otro negocio tenemos que ventilar que el de procurarnos todo género de distracciones; por lo tanto, fuera cumplidos: cordialidad y franqueza, que aunque viejos ambos, puesto que ya no cumplimos los cincuenta, no hemos de ser ménos calaveras que ustedes á pesar de su juventud.

Dicho ésto nos estrechamos la mano, y en breve nos dijeron que tenian determinado visitar aquella mañana el pueblecillo de Belem, pero que lo dejarian para el dia siguiente en que podríamos ir todos reunidos.

—¡Alto allá! esclamé; empieza usted por faltar al pacto: iremos á Belem, que conozco un poco, y les serviré de cicerone: como hace cinco años vengo á Lisboa, no renuncio á éste derecho que la antigüedad me concede.

—Aceptado, dijeron todos.

—En marcha pues.

Y armados de nuestros quita-soles, nos dirigimos hácia el muelle (*caes*) de Sodré con el objeto de aprovechar uno de los vapores que de media en media hora salen de dicho punto para Belem, y como eran las siete y media de la mañana, podriamos ver de paso el relevo de la guardia en el palacio de

la Ajuda, operacion que se efectua á las ocho y media.

Para llegar al *Caes do Sodré*, teniamos que pasar precisamente por la plaza del comercio, vulgo *Terreiro do Paço*, de grandioso aspecto, de la cual me permitirán ustedes haga una lijera descripcion.

Tres de sus lados están formados por edificios completamente iguales, en los que se hallan instalados, á la izquierda segun se penetra en la plaza por el magnífico arco de la Rua Augusta, la *Aduana* y *la Bolsa;* el lienzo del Norte está destinado á la *Junta de Crédito público, Archivo militar, Supremo Tribunal*, el *Ministerio de Justicia y el del Reino;* y á la derecha los ministerios de *Hacienda, Guerra. Marina, Negocios estranjeros* y *Obras públicas*, formando el cuarto lado el rio Tajo, desde el cual se puede admirar la hermosura que ofrece á la vista la opuesta orilla.

En el centro de esta plaza se eleva sobre un pedestal lleno de alegorias esculpidas, que á su vez descansa en una ancha plataforma rodeada de una verja de hierro, la estátua ecuestre del Rey Don José I, de tamaño colosal. Cuéntase que el dia en que se inauguró éste monumento, el Marqués de Pombal, ministro iniciador de él, dió un gran banquete, al fin del que cada convidado se llevó un plato, que como el resto de la vajilla, tenia reproducido el monumento.

En el pedestal se vé un bajo relieve con el busto de aquel ministro.

Nos dirigimos al embarcadero de los vapores que hacen la travesia á Belem, llegando al puente de madera que lo forma, momentos antes de la partida de uno de aquellos, el *Lusitano*. Cincuenta reis cuesta cada billete de popa y cuarenta el de proa (diez cuartos y ocho respectivamente) habiendo elegido nosotros asiento de preferencia.

Desde las siete y cuarto, cada media hora sale tambien de Belem otro vapor que cruza en mitad de la travesia con el que va de Lisboa á aquel punto; de manera que puede uno aprovechar, tanto á la ida como á la venida, la hora que mejor le parezca y disponer del tiempo á su antojo, seguro de que no ha de faltarle medio de trasladarse de una á otra parte.

Al que sea poco aficionado á los viajes sobre el agua, puedo darles la grata nueva de que en el *largo do Pelourinho*, al principio de la calle del Arsenal, encontrará dispuesta una expedicion de ómnibus, tambien cada media hora y al mismo precio que en los vapores de la compañia Lisbonense.

Colocados pues en banquetas portátiles sobre el puente del vapor, sonó la campana del despacho, y dadas las opor-

tunas órdenes al Maquinista, empezamos á deslizarnos sobre el Tajo. Mis buenos amigos no hacian otra cosa que lanzar esclamaciones de sorpresa al aspirar la brisa deliciosa que rizaba las aguas, bajo un cielo esplendente, atravesando, por decirlo así— un bosque de mástiles; pues no otra cosa parece la infinidad de buques que continuamente se hallan anclados en el rio. Las ruedas del *Lusitano* formaban una espumosa estela, y cuando las embarcaciones iban siendo más raras, todos cuatro nos quedamos en silencio, embargados de asombro al contemplar el cuadro que teníamos ante nuestros ojos.

Enfrente, la poblacion que en forma de anfiteatro se levanta soberbia, poblada de notables edificios, en una estension de más de ocho kilómetros, desde la estacion de Santa Polonia hasta la fortaleza de Belem; distinguiéndose varias de sus principales plazas: las cúpulas de la multitud de templos que contiene en su recinto; hermosos belvederes en muchas de sus casas, jardines encantadores por todas partes: imponente espectáculo cuyos detalles no se pueden apreciar, y que no hallo otro medio de encarecerlo, que el de recomendarlo á mis lectores.

La parte baja de la poblacion, toda de construccion moderna, pues el más antiguo de sus edificios data desde la reedificacion de aquella parte destruida por el terremoto que asoló á Lisboa en 1755, es lo que principalmente se destaca, gracias á su próximidad á la márgen derecha del Tajo, que desde la salida de Lisboa se vé poblada de hermosas casas de cuatro y cinco pisos, suntuosos palacios rodeados de jardines, lindos hoteles y *chalets* que forman la carretera (*estrada*) que conduce á Belem y cuya bellísima calle recorren los que prefieren el ómnibus al vapor.

A la izquierda se ven sucesivamente los pueblos de Barreiro, Porto Brandao, Trafaría y el Lazareto, que parecen otros tantos nacimientos de niños á los que no faltan ni los molinos de viento; pueblos que se apoyan indolentes contra enormes rocas que les sirven de abrigo, mientras se miran como en un espejo en las aguas del majestuoso rio, cuya anchura es en esta parte de más de cinco kilómetros.

A nuestro lado cruzan centenares de lanchas pescadoras, vapores de trasportes y buques de todas clases que dan al viento sus hinchadas velas ó lanzan columnas de negro humo; en el centro del rio el hermoso dique flotante, y por último, á medida que se avanza en direccion á la barra de San Julian, el olor saludable de las aguas del mar, el aire puro de la costa se percibe distintamente, y el corazon se dilata, sin

que en él tengan entonces cabida otras pasiones que las más santas y elevadas. . . . .

Mis amigos no cesaban de llamar mi atencion á cada momento; todo era maravilloso para nosotros; todo nos estasiaba; así se pasó el tiempo insensiblemente, y atracamos al desembarcadero en Belem, sin apercibirnos de que habiamos llegado.

VII.

BELEM.

Palacio da Ajuda.—Convento de Jerónimos.—Casa Pía.—Torre de Belem.—Baños en la playa.—Club-Hotel.

En cuanto desembarcamos, nos dirigimos á la plaza de don Fernando, cuya forma es la de un cuadrilátero bastante regular; en ella se encuentran asientos elegantes, colocados bajo la sombra que proyecta una calle de árboles que rodea la plaza: uno de sus lados que toca al rio,se halla defendido por un antepecho de piedra sillería, desde cuyo centro avanza un bello embarcadero: al lado opuesto se halla el palacio de familia de los Reyes, y entre éste y la plaza pasa la calzada que desde Lisboa va hasta Cascaes, recibiendo en esta parte el nombre de *Rua direita.* En ella hacen su parada los ómnibus, casi frente al desembarcadero de los vapores.

Habia pasado la hora del relevo, y decidimos en su consecuencia visitar algo de lo notable que en Belem existe, empezando por el palacio de familia, donde penetramos sin grande obstáculo; si bien el conserje encargado de su conservacion nos indicó, que no á todos se concedia tan distinguido favor; pero que haria una excepcion en obsequio nuestro, atendida nuestra calidad de estranjeros.

Nosotros le hicimos comprender nuestro agradecimiento, y nos acompañó por todas las habitaciones, en las que nada extraordinario hallábamos; lo cual contrariaba el amor propio de aquel guía, que por lo visto creía nos enseñaba el palacio de Salomón.

Hay, sin embargo, un salon en cuyo techo se ve un fresco muy bello, y desde él se pasa á una terraza que dá sobre un jardin hermoso y perfectamente cuidado: en su frente, que cae sobre la plaza de D. Fernando, hay un cenador, desde el cual se domina todo el rio hasta su desembocadura.

Nos despedimos de nuestro guía, con una gratificacion que no se atrevió á rehusar, y nos dirigimos por la calzada real *da Ajuda* al palacio oficial, ó sea el en que el Rey recibe á la córte en los dias solemnes.

Como edificio, se parece en algunos detalles al palacio de nuestros Reyes, aunque mucho más pequeño y no tan suntuoso: hállase tambien sin concluir; sin embargo, no puede apreciarse en conjunto como una obra de arte, ni mucho ménos.

No pudimos penetrar en su interior por hallarse en aquella ocasion en él los Reyes; pero en cambio se nos permitió ver las Caballerizas Reales, que recomiendo á mis lectores como dignas de ser visitadas.

Desde ellas nos encaminamos hácia la playa, con el objeto de ver la fortaleza llamada *Torre de Belem*; cuyos muros pudieran contarnos los detalles de más de un drama sangriento que bajo sus bóvedas ha tenido lugar.

En el camino se encuentra el famoso convento de Jerónimos, levantado en el mismo sitio donde es fama que desembarcó el célebre Vasco de Gama, de vuelta de su espedicion á las Indias, grandioso en sus detalles y magnífico en conjunto, si bien parte de él sufrió la misma suerte que los demás edificios de Lisboa en el año aciago de 1755. En su reedificacion, próxima á terminar, se ocupan infinidad de operarios. Esta parte se halla destinada á la casa de beneficencia, llamada la *Casa Pía.*

La magnífica fachada que da ingreso al templo, labrada con una perfeccion admirable, pertenece al estilo románico: desde su zócalo hasta la cornisa del edificio se halla cuajada de figuras de talla y adornos de exquisito gusto, y en el centro de un roseton de complicadas labores, se vé la efigie de Ntra. Señora de Belem, bajo cuya advocacion fué fundado el templo.

Su interior no desdice en nada del esterior: componen el santuario tres naves, cuyas bóvedas de grande elevacion descansan sobre delgadas columnas de mucho mérito, todas llenas de adornos afiligranados, de muy buen efecto.

El claustro y la galería interior del mismo, son una verdadera maravilla artística, estilo del renacimiento; obra que sorprende por su magnificencia, y que no se cansa uno de admirar.

De no ménos gusto es la construccion de la *Casa* cuya fachada, flanqueada por elegantes torrecillas, r un trabajo concienzudo y de elegancia suma.

Su construccion, que no obedece á un estilo determinado es un órden compuesto, muy frecuente en la mayor parte de las obras que se encuentran en Portugal.

En su interior se nota el mayor aseo, y un órden admirable reina en todas sus dependencias; bien al revés de lo que sucede en la mayor parte de los establecimientos de ésta clase. Los acogidos disfrutan de bastantes comodidades: de modo que en esta casa no es la caridad un sarcasmo para el desgraciado que la implora, y los portugueses pueden estar orgullosos de su obra, que tendrá seguramente pocos rivales, bajo cualquier punto de vista que se aprecie.

Al llegar á la fortaleza, pedimos permiso á su Gobernador para visitarla. Este señor, anciano general de artillería, cuyo nombre siento no recordar hoy, con una amabilidad que nos encantó, puso inmediatamente á nuestra disposicion un sargento de la guardia y un soldado, con la órden espresa de que nos fuese permitido examinar todo á nuestra satisfaccion. Dímosle las gracias por su esquisita atencion, y seguimos á los dos individuos mencionados, que despues de enseñarnos el recinto fortificado, nos condujeron á la torre, propiamente dicha.

Consta de cuatro pisos sin contar el sótano, todos construidos á prueba de bomba, y se pasa de uno á otro por medio de una escalera de caracol practicada en uno de los muros esteriores, que tienen un espesor de más de un metro, y son todos como el resto del edificio, de piedra sillería.

Corona la torre una plataforma octogonal, desde donde se vé perfectamente todo Lisboa y los pueblos y quintas de sus alrededores; en frente el puerto, lleno de naves de todas clases; y á la derecha los dos castillos que defienden la entrada de la barra, desde donde empieza la inmensidad del occéano; cuadro imponente visto desde tal elevacion. El mar se estrella al pié de la fortaleza, y si un buque de guerra acierta á pasar saludando, al contestar aquella, se siente un estremecimiento que sobrecoje al ánimo mas esforzado; pues parece que la torre vá á sepultarse en el mar.

Al pié de ella, se hallan establecidas una multitud de tiendas de campaña, especie de barracas destinadas á los numerosos bañistas que se hospedan en Belem, bien en casas que los particulares ceden con muebles y vajilla, dispuestas para familias completas, ó bien en el Club-Hotel, donde se pueden hallar todas las comodidades apetecibles. Elegantes ha-

bitaciones, buena mesa, salon de conciertos, gabinete de lectura y un ameno jardin se encuentran á disposicion de la sociedad escogida que en aquel punto se reune, compuesta en una gran parte, de españoles; lo que hace más recomendable aun aquel establecimiento perfectamente montado.

El precio regular de los baños es de 30 reis á 40 por persona (de 6 á 8 cuart.). La playa es arenosa y de una pendiente muy suave; la asistencia de los bañeros es buena, y pequeña la distancia que media desde este punto á Belem, para las familias que allí alquilan casa. lo mismo que para los que se alojan en el Club-Hotel, donde el precio de hospedaje es bastante económico; y si se tiene en cuenta la facilidad que los bañistas tienen de poder trasladarse á Lisboa cuantas veces al dia pudiera ocurrírseles, se comprenderá la concurrencia que favorece á aquel arrabal, cuyos baños se hacen aun más recomendables por la proximidad de las aguas del Atlántico.

Hay además en Belem una administracion de Correos y estacion telegráfica en la citada *Rua direita;* comercios de sedas y telas de lana, y algodon, una ó dós cervecerías, café y varias *Casas de pasto,* equivalentes á nuestras fondas de segunda clase. Líbreme Dios, empero de recomendarlas como escelentes ni mucho ménos á mis lectores.

VIII.

DIARIO DE NOTICIAS.

Plaza de Don Pedro IV.—Baños de San Paulo. Advertencias á los bañistas.—Fiesta en el Paseo público.

Eran las once y media de la mañana, y nos avisaba ya nuestro estómago de la necesidad que sentía de combustible, cosa que nos hizo pensar en acudir á la fonda. Además el calor se dejaba sentir admirablemente.

Aprovechamos para nuestro regreso el vapor *Alcántara* que se disponía á soltar su amarra, y media hora despues nos hallábamos almorzando con un apetito extraordinario.

Durante la refaccion, nuestro huesped,' que revelaba ser persona poco vulgar, nos hizo compañía, entreteniéndonos agradablemente con su conversacion amena, y contándonos su historia mientras tomábamos café.

Era catalan, y habia sido militar; pero por consecuencia de los acontecimientos políticos de 1846, que terminaron en Galicia con el fusilamiento en Carral del Coronel Solís y sus desgraciados compañeros, se vió en la precision de emigrar á Portugal, en cuyo suelo siempre hospitalario pensaba pasar el resto de sus dias; sin que pueda olvidar uno solo á su querida patria, por cuya felicidad hace fervientes votos. ¡No en vano es español!

Entre los periódicos que tenia al alcance de la mano, tomé por casualidad el *Diario de Noticias*, que es en Portugal

lo que en España *La Correspondencia*, el cual empecé á traducir en alta voz á mis compañeros.

Mucho nos hicieron reir algunos sueltos que hallaba en la seccion de anuncios, y que no son otra cosa que la correspondencia entre amantes, que se valen de éste medio para pedir y conceder citas sin tener que acudir á sobornar criados ni portero; como en nuestra España acontece. Hé aquí algunos de ellos:

«M. N. Ayer la ví á usted en el paseo; pero con tan mala «suerte, que sufrí mas con la mirada que me dirigió, que con «el desden con que anteayer me trató en el teatro. ¡Ay de mi! «¿Cuando tendrá fin mi desgraciada fortuna?—*P. P.*»

«25 Julio.—Mil gracias por su recuerdo. ¡Qué felicidad! «¿Podré verla á usted mañana?»

—Ese es más dichoso á lo que parece—dijo mi amigo Genaro.

—En cambio el que ahora llega es más desdichado—repliqué—oigan ustedes:

«Olvidaste la fé, y faltaste al solemne juramento que me «habias hecho: no sé que vá á ser de mí, por que me vuelvo «loco; haces bien al despreciarme: así concluirá más pronto «mi martirio.—Adios, adios para siempre.»

—Suicida tenemos, ó entiendo poco de amores—repuso uno de nuestros compañeros, llamado Tomás, dirigiéndose á Cayetano, su amigo.

—Y suicida romántico, que es el de peor género; sin embargo, creo que vivirá mientras Dios no lo mate de alguna enfermedad.

—Otro estilo, señores, y á lo que creo más sério—dije, al ver el siguiente anuncio:

—«Has desoido los consejosde tu padre, y sé por tus cama«radas antiguos la depravada conducta que sigues y el des«crédito en que te encuentras. ¡Ay de tí si mancillas mi nom«bre y mis canas! Arrepiéntete y vuelve al seno de la fami«lia: vuelve la vida á tu pobre madre, ó mi maldicion caerá «sobre tu cabeza.»

—Pasemos á otra cosa, si usted gusta—esclama Tomás con un acento de dolorosa impresion—sin saber por qué me entristece la pena de ese pobre padre, y hace un desagradable contraste ver en las columnas de un periódico esa confusion abigarrada, que hace que el llanto de un desgraciado se mezcle quizá con una bufonada que escita la risa.

—¿Que quiere usted amigo mio? Así es el mundo: mientras unos lloran, otros gozan, y ¡cuántas veces hace las delicias del público en un treatro con sus chistes un actor que siente desgarrada su alma por el dolor más acerbo¡ Recuerde usted

ino á nuestro querido actor Mariano Fernandez, haciendo desternillarse de risa á sus oyentes cuando la muerte se preparaba á arrancarle á sus hijos; los pedazos de su corazon!

Sin embargo; cambiemos de rumbo—veamos los anuncios de teatros.

«Paseo público—Gran concierto por la banda de Música á la Austriaca—Vistosos fuegos de artificio, finalizando con la elevacion de un globo aereostático.

—¿Donde se encuentra ese paseo? preguntó Cayetano á nuestro huesped.

—Un paso de aquí— contestó éste— al final de la calle de la Plata, la gran plaza que hallarán ustedes á la izquierda, en cuyo centro se vé la estátua de D. Pedro IV, y que se conoce con el nombre de *Plaza del Rocio*. Pero creo que antes de la noche, debieran ustedes verla, que bien merece la pena.

—¿Vamos ahora señores?

—En marcha; y despues á dar un paseo por el Tajo; así como así, debemos aprovechar el tiempo que pasemos en Lisboa juntos.

Dicho y hecho: nos encaminamos á la Plaza de D. Pedro IV, que es sin disputa la mayor de la ciudad, y cuyo piso es de mosáico de piedrecitas negras y blancas que forma un dibujo ondulado, de un efecto muy bonito.

En el centro se eleva el monumento citado, el cual se compone de un basamento de buen gusto, acompañado de cuatro pedestales en los que se ven las virtudes cardinales, y los escudos de las diez y seis principales ciudades de Portugal: un pedestal cuadrado recibe sobre sí una columna estriada de una elevacion notable, cuyo tercio inferior se halla decorado con guirnaldas y bajo-relieves, y sobre su capitel sostiene un hemisferio que á su vez sirve de base á la estátua de bronce del famoso D. Pedro, cuya frente ciñe una corona de laurel.

Al final de esta plaza se vé el teatro de doña María, donde se alzaba en otro tiempo el tremendo edificio de la *Santa* inquisicion. Sobre el suelo que ocupó aquél tribunal, se construyó el palacio de la Regencia, el cual fué devorado por un incendio; y el año 1847 se fundó dicho teatro, cuya fachada principal cae á la plaza de D. Pedro; su construccion es muy elegante y está adornado con bastante buen gusto.

Nueve calles vienen á desembocar á esta plaza, entre ellas la *Rua Aurea*, *Rua da Prata*, *Rua Augusta*, la de la *Magdalena* y *Franqueiros*, las cuales divididas de trecho en trecho por otras calles formando ocho manzanas de uniformes y elegantes casas de cinco pisos. ván á concluir á la Plaza del Comercio, y forman la parte mas hermosa de la Ciudad.

Nos dirigimos por la Rua Aurea, y al llegar á la *Rua Nova de el Rey*, penetramos en la *do Almada*, y huyendo de los rayos del Sol, vinimos á caer bajo su jurisdiccion al pasar por el *largo do Pelourinho*, frente al *Arsenal da Marinha*, plaza de una forma bastante regular. En su centro se levanta en forma de rosca una columna de mármol, de una sola pieza, coronada por una esfera armilar, cuyo significado no pudimos apreciar en el momento. Despues supimos que en aquél sitio sufrian la muerte los nobles á ella sentenciados.

En esta plaza se halla en construccion el *Palacio de la Cámara municipal*, digno de la capital que tan lujosa es de edificios notables.

No pudimos visitar el Arsenal, bien contra nuestro deseo; por que, debido á la casualidad de ser dia de fiesta, no trabajaban la infinidad de operarios que en él se ocupan; pero en cambio nos desquitamos visitando el famoso establecimiento de baños de San Paulo, llamado *baños do Arsenal*, de merecido renombre.

Dos manantiales se explotan en beneficio de la humanidad: el uno, de aguas sulfurosas que brota dentro del Arsenal, y otro de naturaleza salino-muriáticas.

El director de los baños es el célebre Doctor Agostinho Vicente Lourenço, de fama europea justamente adquirida, y los bañistas tienen á su disposicion magníficas pilas de mármol y alabastro; propinándose además baños de chorro, de lluvia, etc. etc., y sus precios varian, pues se dividen en categorías de 1.ª y 2.ª clase.

Son muy recomendados para toda clase de afecciones reumáticas y de carácter nervioso, y su situacion, no puede ser mejor ni más cercana á las principales fondas de Lisboa.

Y puesto que de fondas se trata, diremos de paso, que las principales son el grande Hotel Central, el Hotel de Inglaterra, el Universal, las fondas de Braganza, de la Alianza, el Hotel Luzo-Brasileiro y muchos otros, en los cuales se encuentra comodidad y buen servicio: hay que desconfiar no poco de los llamados Hoteles españoles, por que de ciento es bueno alguno; huyan sobre todo mis lectores de las *Hospederías* ó casas de huéspedes, y no me pregunten el por qué: harto hago con advertirlo, y agradezcan el aviso.

Hay además varios establecimientos de baños flotantes á lo largo del Tajo, que no describo á mis lectores; puesto que pueden convencerse de lo que son, con aproximarse á uno de ellos, que conocerá seguramente bajo el modesto título que ostentan de *Banhos de Mar*, y por unos conocerán los otros. *Ab uno disce omnes*,

La tarde empezaba á caer, y alquilamos una de las innu-

merables lanchas que se encuentran amarradas al *Caes das columnas*, en la plaza del comercio, despues de regatear el precio todo lo posible, único sistema que puede adoptarse para no pagar una cantidad subida.

En quinientos reis fué ajustada la hora de paseo, y aseguro á ustedes que no puede emplearse mejor el tiempo en provecho de la salud.

Sentimos que el apetito se revelaba, y nos encaminamos á comer; único medio de dominar al tirano que se llama estómago.

Por la noche acudimos al paseo público, que se hallaba extraordinariamente concurrido por una sociedad escogida, entre la que no era difícil conocer por el idioma muchos corrillos de españoles.

La banda de música *á Austriaca* pertenecia á uno de los cuerpos de la guarnicion, y he de confesar ingenuamente que ejecutaron con primor todas las piezas que el programa anunciaba.

En los intermedios se quemaron fuegos artificiales bastante buenos, y por último, la elevacion del globo... se suspendió, no sé por qué motivo.

—Sabes, me dijo Genaro cuando íbamos á retirarnos, que debe ser muy rico el Ayuntamiento de Lisboa para dar esta clase de espectáculos gratis?

—¿Gratis has dicho?

—Si por cierto; puesto que nadie nos prohibió la entrada.

Iba á contestarle; pero ya Cayetano abonaba doscientos reis al encargado de recogerlos á la salida del paseo, á razon de cincuenta reis por persona (nueve cuartos próximamente) lo cual, visto por Genaro, esclamó en alta voz.

—Será bueno el sistema; pero no me agrada: prefiero pagar á la entrada, porque si por casualidad ahora no llevásemos dinero, ignorando la costumbre establecida aquí, tan en contra de las de todos los paises, sufriria cualquiera un bochorno que se evitaria del otro modo.

Casi creo que tenia razon Genaro; no obstante, fuerza es acatar las leyes y como estranjero en Lisboa no era yo seguramente la persona que debiera oponerme á ellas.

Dimos por fin vuelta á nuestra morada, y bien pronto rendimos al sueño un tributo justísimo, despues de un dia del que no habíamos desperdiciado apesar un cuarto de hora.

———

IX.

CASA-MATADERO.

Acueducto das Agoas Libres.—Depósito de aguas.—Paseo y Convento de la Estrella.

Al siguiente dia, mientras tomábamos el té, organizamos una espedicion, para la cual teníamos en menos á nuestras fuerzas que á la voluntad, por lo que decidimos hacerla en carruaje.

Uno de los criados de la fonda recibió el encargo de alquilar por todo el dia una carretela descubierta, y él se brindó además á ser el guía de nuestra peregrinacion, no sin recibir antes las instrucciones de nuestro huesped; que en punto á amabilidad daba quince y raya al más tieso.

Poco tardó en proporcionarnos el vehículo, y momentos despues rodaba éste en direccion al matadero, situado en la parte vieja de la ciudad, casi extramuros de ella.

Entrase al edificio por una ancha portada de hierro, pasada la cual, se halla á la derecha del zaguan la oficina del administrador, que despues de recibirnos con cortesana urbanidad, nos permitió visitarlo todo, y de ello procuraré dar á ustedes una lijera idea.

Tres cuerpos de edificio forman la casa-matadero, además del que se halla destinado á habitacion del administrador.

El primero que se halla á la izquierda, segun se entra en el espacioso patio que los sirve de desahogo formando anchas calles, es un espacioso y bien ventilado establo. En él

habia unos cincuenta bueyes destinados á la matanza del siguiente dia.

Los pesebres, colocados á lo largo y en el centro de la nave, son de piedra silleria, y al lado de la puerta de entrada, en su parte esterior hay un abrevadero para las reses.

Sigue á esta nave, siendo su continuacion, la destinada al ganado lanar, con su correspondiente abrevadero, y más allá se vé un espacio cuadrado, rodeado de una verja de hierro, en donde se verifica la limpieza de los despojos de toda clase de reses.

En el centro del patio, rodeado en su parte occidental de una magnífica verja, hállase el matadero de bueyes, compuesto de tres naves, las cuales tienen respectivamente dos puertas enverjadas.

Las dos naves laterales están destinadas á la matanza y degüello de las reses, y la interior, cruzada por rails en distintas direcciones, destinados á facilitar la conduccion de los despojos en carretillas de mano, comunica con otro cuerpo de edificio que forma una *T* con el en que nos hallamos. Excuso decir á ustedes que el agua no se economiza para nada; de modo que la limpieza que se nota es estremada.

Compone el tercer cuerpo, el mayor de todos, que comunica como queda dicho, con el anterior, una série de departamentos, como son las salas destinadas al oreo de la tripa, con la que luego se sostiene un buen comercio con Estremadura para sus famosos embutidos; otro local destinado al reconocimiento y marca de las reses; y por último, tres salones consecutivos, en los cuales, por medio de un aparato que hace funcionar una caldera de vapor, se funde y purifica el sebo, el cual cae en unos receptáculos de piedra sillería, pasando de uno á otro hasta que llega á su punto, y entonces pasa á enormes barricas de madera destinadas á su trasporte.

Hay además un departamento para la matanza de carneros, otro para la de cerdos, y otro además destinado al degüello de reses para el consumo de los hebreos, cuyo número en Lisboa es importante.

La administracion nada deja que desear, y en conjunto es un establecimiento que no debe desdeñarse de visitar el viajero.

Nuestra segunda visita fué al acueducto conocido por los lisbonenses con el nombre de *As Agoas libres*, del cual se surte la poblacion.

Un precioso jardin, en el que hay una casita destinada al guarda, es lo primero que se presenta á la vista: llégase luego por medio de una escalinata al acueducto, que se com-

pone de dos paseos laterales con pretil de piedra sillería de un metro próximamente de altura, y en el centro de ambos, otro paseo abovedado, por donde pasa la tubería destinada á la conduccion de las aguas.

Preferimos desde luego este último para hacer nuestra escursion, porque nos molestaba no poco un viento muy fuerte, y confieso que nada nos dejó que desear. La cañería es de hierro colado, revestida de un betum muy compacto; y además hay otra, descubierta, que pertenece á otra empresa, segun el guarda nos indicó.

Apénas anduvimos unos doscientos metros por esta galería, á las que prestan bastante luz unas linternas practicadas en forma de garita, de trecho en trecho en lo alto de la bóveda, el guarda nos aconsejó que saliésemos al paseo esterior por una de las muchas puertas que se hallan á uno y otro lado abiertas simétricamente, y nos hizo observar la campiña que desde allí se descubre.

¡Cuál fué nuestro asombro al comtemplar el cuadro de risueña vegetacion que teníamos á la vista! Huertas llenas de árboles frutales; jardines y quintas magníficas, plantíos de todas clases, todo á vista de pájaro; pues nos hallábamos á la altura de 65 metros 29 centímetros sobre el nivel del terreno en aquella parte, que es la elevacion que tiene el soberbio puente de piedra sillería en que nos encontrábamos.

No hallo mejor medio de dár cuenta á mis lectores de nuestra admiracion, que recomendarles que, como nosotros, elijan la galería cubierta; seguro estoy de que ha de sentir lo que todos hemos sentido al ver aquel bellísimo panorama.

La galería continúa hasta Cintra (unas cinco leguas): con lo cual creo que dice esta circunstancia lo bastante para comprender lo costoso de una obra tan perfectamente acabada como todas las de nuestros vecinos.

El depósito de las *Agoas libres* se encuentra dentro de Lisbóa, cerca del paseo de la *Estrella*.

Por medio de una espaciosa escalinata compuesta de tres tramos, que termina en un jardincito, se penetra en el edificio, compuesto por un salon espacioso rodeado de un paseo con pretil, todo de piedra sillería, y su alta bóveda se halla sostenida por fuertes columnas. En el testero principal se vé el surtidor formado por una cascada artificial primorosamente esculpida, y desde una altura de doce ó más metros cae el agua en el receptáculo en abundante lluvia en forma de abanico.

El pretil se halla adornado con estátuas alegóricas, y en uno de sus lados hay una gradería que llega al fondo del receptáculo.

En el ángulo derecho del testero principal empieza una escalera oscura, que conduce á la azotea del edificio, desde la cual se domina toda la poblacion; lo cual hace de ella una especie de observatorio, que me permito recomendar á ustedes, si como supongo, son amantes de lo bello.

A continuacion nos dirigieron al paseo de la Estrella, estenso jardin con anchas calles de árboles, una elegante estufa en la que se vén magníficas flores y plantas tropicales, un lago en el cual hay varios cisnes de blanco plumaje, á cuyo lado hay un cenador rústico que ofrece un rato de descanso al abrigo de los rayos solares, halagando el oido el murmullo de las aguas que al lago arroja un surtidor.

En el centro del paseo se levanta una plataforma sobre la cual en algunas ocasiones ejecuta una banda militar conciertos al aire libre, que no dudo tengan mucha concurrencia, dado el sitio tan ameno en que tienen lugar.

Enfrente al paseo, se vé el convento del mismo nombre, lujoso en su construccion y rico en ornamento. Una sola nave forma su interior; y á la izquierda del presbiterio, se vé el mausoleo dedicado á la Reina D.ª María, cuyo busto se vé sobre su base. En conjunto es un templo suntuoso, y segun nos aseguró el encargado de su conservacion, es igual en sus detalles, si bien en pequeña escala, al famoso convento de benedictinos de Mafra, que goza en Portugal de tanta fama como en España el monasterio del Escorial.

Desde este sitio nos dirigimos á la fonda, dejando para el siguiente dia la continuacion de nuestras excursiones.

X.

UNA CORRIDA DE TOROS

Cirio de Nuestra Señora.—La catedral.—Cervecería.—Casas de cambio.

El *Diario de Noticias* nos proporcionó ocupacion en aquella tarde, pues anunciaba, entre otras diversiones públicas, una corrida de *once furibundos é puros touros* en la plaza de Santa Ana.

Ignoro señores lectores si ustedes son aficionados á esta clase de espectáculos, y si efectivamente lo son, sentiria en el alma el inferirles una grave ofensa al manifestar que por mi parte quisiera ver desterrada para siempre de mi querida patria una costumbre que tiene más de bárbara que de civilizadora. No por eso trato de imponer mi opinion, y me limito á respetar las ajenas; que la causa más mala tiene defensores, y en el mundo fuerza es que de todo haya,

Mis amigos se empeñaron en que les acompañase al circo taurino, y tuve que condescender; bien á pesar mio; ¡Tantas veces tiene uno que violentarse en obsequio de la amistad!

Cuando llegamos á la plaza, se hallaba esta casi totalmente ocupada, y pude convencerme de que el público que la ocupaba era tan alegre y bullicioso como el que en España asiste á tales diversiones.

Los tendidos, en uno de los cuales tomamos asiento son de madera y nada cómodos, y las demás localidades vienen á guardar proporcion con ellos.

Despues de una sinfonía ejecutada por la banda, y hecho el

despejo de la plaza, se presentó la cuadrilla, vestidos en su mayor parte de indios, mandada por el Sr. *Manoel Mourisca Junior*, que montaba un soberbio caballo de raza andaluza y empuñaba una pica; por lo cual comprendimos que era el único Director de la corrida y *Cavaleiro en Praça*.

Hecho el saludo al Presidente, empezó el Sr. Mourisca á ejecutar vistosas evoluciones al rededor del circo: y por último, cambió el caballo por otro que hacia bueno á Rocinante; con lo cual, á una señal del Presidente se aproximaron los *indios* á la puerta del toril, armados de rejones, y rodilla en tierra esperaron la salida del primer toro.

Sale este del encierro y arrolla á su paso á tres ó cuatro de aquellos, que ruedan por la arena; no sin haber castigado al bruto con sus flechas, y se presenta en medio del redondel amenazando al Señor Mourisca, que avanza á su vez. y ambos adversarios se aprestan al combate. (Se me olvidaba decir á ustedes que el toro estaba embolado.)

Embiste el animal y el diestro sostiene su empuje de un modo que Calderon le envidiaria, y despues de repetirse varias veces la suerte entre atronadores aplausos del público, el bruto fué sujeto por la cuadrilla y recogido despues por los cabestros.

La misma operacion se repitió con los toros sucesivos, hasta el quinto, y no pudiendo sufrir más mis compañeros, salimos de la plaza. ellos aburridos y yo satisfecho: porque para ellos no era la diversion completa, y para mí, que no puedo ver sacrificar indefensos á los nobles caballos y me hace temer á cada paso por su vida el lidiador en nuestras plazas, no tuve que lamentarme de otra cosa que de los pisotones y batacazos que los indios recibieron.

Cuando regresábamos á la fonda, al llegar á la *Rua Aurea* nos encontramos con una especie de procesion que nos chocó bastante por lo estraño de su conjunto. Abrian la marcha, tocando aires nacionales un pito y un tambor rodeados de una turba de muchachos; seguian luego diez ó doce monaguillos con otros tantos faroles levantados en alto; un estandarte llevado por un Señor con uniforme lleno de bordados de seda venia detras de los monaguillos, y despues de una doble fila de sacerdotes con capa pluvial precedidos de una cruz, venia una imágen de la Vírgen llevada en andas cubiertas de flores por seis individuos; cerraba la comitiva una banda de música del pueblo, sirviendo de escolta un numeroso gentío,

—¿Me hará usted el obsequio de decirme que procesion es esta, caballero? Me aventuré á preguntar á un señor elegantemente vestido que se hallaba á la puerta de una platería

—Es el *cirio* de la Vírgen, que vá á Barreiro, al otro lado del rio, me contestó, Allí la hacen una novena los cofrades, y despues de la fiesta vuelven á traerla en procesion, como ven ustedes que hoy la llevan.

Díle las gracias, y mis compañeros me indicaron el deseo de presenciar el embarque de la procesion; como por mi parte deseaba lo mismo, fuimos acompañándola hasta su llegada al embarcadero, donde un vapor lujosamente empavesado esperaba á la comitiva, que pasó á bordo con la imágen referida, echando al aire infinidad de cohetes, y momentos despues se puso en marcha el vapor, entre las aclamaciones de la multitud y los acordes de la música que sobre el entrepuente tocaba la marcha real portuguesa.

Nuestro regreso, lo hicimos por la Rua da Magdalena, con objeto de visitar la Catedral *(á Sé)*, situada en el *Largo da Sé*, próximo á dicha calle; pero tuvimos la mala suerte de extraviarnos, cosa muy fácil en esta parte de la poblacion, por la uniformidad de sus edificios.

Por fortuna nuestra, un caballero se prestó con una amabilidad exquisita á ser nuestro guía, y nos acompañó hasta dejarnos en la misma plaza de la catedral, correspondiendo á nuestras expresiones de agradecimiento con otras de atencion que nos dejaron encantados: ciertamente los lisbonenses se distinguen por su finura para con los extranjeros, segun hemos presenciado en muchísimos casos.

La catedral no corresponde por cierto á los demás templos de que abunda Lisboa: verdadera montaña de granito, su interior no es un portento, ni mucho ménos, y lo que encierra de más notable es una capilla bastante oscura por cierto. en la cual se conserva la lengua de San Antonio de Pádua, que no tuvimos la dicha de ver, por no hallarse en la catedral el encargado de su custodia.

Antes de llegar á la fonda, pensamos en refrescar, y con este objeto entramos en una cervecería *(brassería)*, establecimiento que, como todos los de su índole, se ven siempre concurridos en Lisboa, cuyos hábitos tienen parte no pequeña de las costumbres inglesas.

La brassería en que nos hallábamos era una de las principales, y nos sirvieron una cerveza excelente en jarras de cristal tallado *(chopos)* que colocaron sobre unos redondeles de fieltro en la mesa en que habiamos tomado asiento. El local era un gran salon, de cuyas paredes colgaban cuadros más ó ménos bien ejecutados en litografía. representando diversos tipos de mujeres, desde la indolente criolla hasta la frívola francesa. En las cervecerías es quizá donde únicamente no está mal visto que se pueda fumar con toda

libertad; cosa completamente prohibida en los ómnibus, y no muy admitida en los sitios frecuentados por el sexo bello, que en cambio no tiene inconveniente en tomar tabaco en polvo, desde la artesana más humilde hasta la más encopetada señora.

Con las excursiones de los dos dias se habian agotado las monedas portuguesas de que habiamos hecho provision, y hubo que pensar en reponerse de ellas; pues en todas partes el dinero es el mejor pasaporte, y la clase baja del pueblo prefiere tener íntimo trato con la efigie de sus reyes, á admirar el busto de los de otras naciones, por importantes que ellas sean; sin embargo, nada más facil en Lisboa que hacerse comprender con cualquier clase de moneda que lleve el viajero.

Por todas partes, en todas las fondas admiten la española al cambio de 46 reis por real (sean 940 reis por duro) así como en las casas llamadas propiamente de cambio, establecidas en las principales calles de la ciudad, entre las cuales figuran en la calle del Arsenal la del Señor Fonseca, y otras de no menor importancia, y en ellas encuentran nuestros compatriotas una amabilidad que encanta, como por lo general sucede en todas las casas de comercio, donde puede darse al mismo cambio moneda española por géneros de cualquier país.

XI.

ESCUELA POLITÉCNICA.

Biblioteca pública.—Capilla de San Juan Bautista.—Os Praceres.

Nuestra sociedad se aumentó al siguiente dia con un español más; jóven de esquisitos modales, de un carácter bellísimo, y de una instruccion nada comun, que vino á ser huesped de la misma fonda en que nos hallábamos.

Segun nos manifestó, era profesor de Historia Natural del Instituto de Ciudad-Real, y á él sin duda alguna, por su deseo de conocer algo nuevo en su difícil profesion. debemos uno de los mejores ratos pasados en Lisboa.

Despues de recorrer algunas de las magníficas tiendas de la *Rua Aurea* y del *Chiado*, punto de cita de los elegantes ociosos; despues de admirar en el *Largo de Camoens* la preciosa estátua del ilustre vate portugués, cuya vida de soldado y de poeta solo puede compararse con la de nuestro inmortal Cervantes, que como él, murió pobre, y solo á la generacion actual debe un monumento, nos dirigimos á la Escuela Politécnica, vasto centro de instruccion de que nuestra patria carece, pues bajo un mismo techo se prestan las luces de la ciencia, necesarias á todas las carreras así civiles como militares; lo cual contribuye no poco al alivio del Erario público; y ¿á qué negarlo? al penetrar en aquél santuario, sentimos una noble envidia—si la envidia puede ser noble—acordándonos de lo diseminados que en España se encuentran los Establecimientos correspondientes á los diver-

sos ramos del saber humano, pudiendo reunir en uno tantas riquezas como entre todos se hallan repartidas.

Innumerables son los instrumentos y objetos que los gabinetes de la Escuela Politécnica encierran para la instruccion práctica; pero no puedo ménos de hacer mencion de la coleccion de aves africanas, sin rival en el mundo, que posée dicho centro, reunida por D. Pedro IV, aficionado en estremo á la *ornitología*; y regalada por la actual familia reinante á dicha Escuela, así como los magníficos gabinetes de *Mineralogía. Geología y Paleontología*; entre los cuales pudimos admirar varios restos de esqueletos humanos descubiertos *no cabeço da Arruda*, colecciones de los moluscos fósiles de los depósitos terciarios de Portugal, de vegetales fósiles del terreno carbonífero y martillos de piedra y otros objetos descubiertos en los trabajos antiguos de la mina de cobre de Ruy Gomez, en Alemtejo.

Al distinguido geólogo D. Francisco Antonio Pereira da Costa, á la amabilidad que le caracteriza, debemos la esplicacion de muchísimos objetos de Historia Natural, y con el mayor gusto le tributamos aquí un recuerdo de agradecimiento, por las simpatías que demostró hácia nosotros y nuestra patria, así como al representante dignísimo que ha sido de Portugal en Madrid, el Sr. Andrade Corbo, actual Director de la Escuela, que nos acompañó en nuestra visita al establecimiento.

El gabinete de Física y el laboratorio químico se hallan á una altura envidiable, sintiendo no recordar en este momento el nombre del ilustrado profesor de dichas asignaturas, qué, como los demás señores, nos prestaron todo género de atenciones.

Me atrevo á aconsejar á ustedes no dejen de visitar la *Biblioteca pública*, enriquecida por una coleccion de más de doscientos mil volúmenes, diez mil manuscritos, y que además posée códices curiosos y un número considerable de antiguas medallas; así como la *Academia de Bellas Artes*, en la que pueden ver una coleccion bastante buena en cuadros y estátuas, de no escaso mérito, segun he oido á personas inteligentes.

Necesario nos fué para continuar nuestra escursion del dia, el alquilar un carruaje; y nos dirigimos á la Iglesia de San Roque, donde se admira una capilla portátil dedicada á San Juan Bautista, que es una verdadera maravilla de arte.

Para que ustedes puedan formarse una idea de ella, traduzco aquí el resúmen de la descripcion, que nos entregó el encargado de la referida Iglesia :

«Tiene esta capilla ocho columnas de lápiz-lázuli, y las

demás piedras que entran en su construccion son amatistas, alabastro y granito de Egipto, rojo antiguo, verde antiguo, mármol de Roma, pórfido y serpentina. Las molduras son todas de bronce dorado; y los candelabros y lámparas, de plata sobredorada.

Esta capilla fué mandada construir en Roma por el rey D. Juan V.

El cuadro del centro representa á San Juan, bautizando á Cristo en el Jordan: el del lado derecho la Anunciacion de la Vírgen, y el de la izquierda, la bajada del Espíritu-Santo. Los cuadros, que son de mosáico, se ejecutaron segun los dibujos de los artistas siguientes: el de San Juan, de Miguel Angel; el de la Anunciacion, de Guido; y el del Espíritu-Santo, de Rafael de Urbino.

Su ejecucion fué encomendada á los mejores artistas conocidos, que tardaron en concluirlos quince años.

En el centro del pavimento, tambien de mosáico, se vé dibujado un globo; como para indicar que en el mundo no tiene rival aquel trabajo. Los dos retablos del techo son de mármol de Carrara, hechos bajo la direccion del insigne escultor Mayne, ayudado por Alejandro Giusti que fué el encargado de conducir la capilla á Lisboa.

En 1744 fué armada ésta en la Iglesia de San Pedro, en Roma, donde la consagró el Papa Benedicto XIV, y dijo misa en ella; siendo despues desarmada y conducida á Lisboa; y en el año 1746 fué colocada en la Iglesia de San Roque, donde existe.»

El auriga recibió la órden de emprender la marcha en direccion al cementerio *dos praceres*, que nuestro huésped nos habia ponderado cómo un sitio digno de ser conocido. Con efecto, despues de una larga caminata, y no sin tener que sufrir, casi á la puerta del mismo, un escrupuloso registro de los empleados de consumos, descendimos del carruaje frente á una gran puerta de hierro enverjada que dá ingreso al lugar del eterno reposo.

—Hazme el favor de tu cartera—me dijo Genaro al entrar.

—¿Para qué,? pregunté.

—Para tomar nota de algunos de los epitafios más extravagantes que veamos—Despues tu los coleccionarás, y pasaremos algun dia buenos ratos.

Le entregué la cartera y empezamos nuestra visita al rededor de aquel vasto recinto, cuyo silencio interrumpe únicamente el cincel del artista que trabaja en algun mausoleo.

Formando anchas calles enarenadas, que constituyen cuatro grandes divisiones, se ven algunos monumentos de bas-

tante mérito, entre los cuales merecen citarse el del duque de Palmella, el del conde das Antas y otros. Hay además un sinnúmero de panteones de famila, (*jazigos*) de mucho valor artístico y muchas memorias sepulcrales concienzudamente acabadas, siendo el cementerio una verdadera exposicion de esta clase de escultura.

En el centro de él se eleva una capilla destinada á la última plegaria que los vivos dirijen al Eterno por los que fueron, implorando su misericordia; en cuyo techo hay pintado un fresco alegórico, bastante bien ejecutado.

Al salir de la capilla, echamos de ménos á Genaro: probablemente se entretenia en copiar, como deseaba, los epitafios más dignos de serlo.

Despues de esperar un buen rato, le vimos llegar con la cartera en una mano, el lápiz en la otra, y revelando su fisonomía un humor de todos los diablos.

—¿Qué te ocurre amigo Genaro?—le pregunté al acercarse á nosotros.

—Toma tu cartera y tu lápiz, y no me proponga jamás nadie que sea mi amigo que yo lea una sola gacetilla de periódico.

—Pero acaba de esplicarte, hombre: ¿qué tienen que ver las gacetillas con tu mal humor?

—¡Y tanto como tienen que ver! Yo creia, señores que eran verdaderos, auténticos los epitafios portugueses que he leido en las gacetillas.........

—¿Y bien?

—Y bien: son una solemne mentira: he sufrido una verdadera decepcion: ni uno solo se encuentra entre los infinitos que leí, cuyas frases pudieran prestarse á la caricatura.

—¿Y lo sientes, amigo mio?

—Lo siento por mí, por haberme creido de gacetilleros, de los cuales quedo escarmentado; pero en cambio me elegro por los portugueses, á quienes no tacharé en lo sucesivo de tan enfáticos como por puro capricho me los habian hecho apreciar. Vámonos de aquí, por que hasta creo que estoy corrido de mi simplicidad.

Volvimos pues á nuestra morada, no sin que hiciese para mi solo, se entiende algunas reflexiones, de las que hago á ustedes gracia, con respecto al chasco que en sus ilusiones de *touriste* habia sufrido mi pobre amigo.

XII.

LISBOA DE NOCHE.

Tipos lisbonenses.—Disminuye la compañía.—En ómnibus.—Pedrouços.—A Cascaes.

Si mis lectores creen que en Lisboa han de hallar la animacion constante que en las calles de Madrid se observa á cualquier hora del dia ó de la noche, chasco solemne se llevan; aquella córte, puramente comercial, solo á su negocio atiende, mientras la nuestra se entretiene en *hacer tiempo*, todo el que le permite la sagrada mision de la chismografía política, cuyos círculos más concurridos son la Puerta del Sol y las Cuatro calles. Verdad es que puede verse en el *Chiado*, como dejamos dicho, un número no escaso de elegantes que á guisa de guardianes de mostrador ocupan los despachos de las lujosas casas de comercio que allí tienen su asiento, y el *largo das duas Iglesias* puede corroborar mi aserto, sobre todo en los dias de fiesta; pues á las puertas de sus templos, dignos de ser visitados, halla cualquiera polla elegante, una escolta no despreciable de curiosos admiradores que puedan llenar las medidas á la más exigente.

Pero de noche, apenas dadas la diez, las tiendas se cierran, y en las calles más concurridas se tropieza á duras penas con tal ó cual persona que camina de prisa, ó con alguna pareja que á sus asustos vá; de modo que el único recurso que al estranjero queda, es de acudir á cualquiera de los teatros que en esta temporada del año se conservan abiertos.

Entre ellos puedo citar el del Príncipe Real, despues del de

doña María que ya he indicado; el del Gimnasio, y el magnífico *da Trindade*, situado en la calle que le dá nombre, únicos que en la temporada de verano se hallan favorecidos por el público..,.... estranjero en su mayor parte.

En cambio, si las calles se hallan desiertas; si los cafés no presentan el animado cuadro que los nuestros ofrecen á los forasteros; si en los paseos públicos no se encuentran á tales horas más concurrentes que algunas sacerdotisas de Vénus más ó ménos caracterizadas, ó algun Tenorio en busca de galantes aventuras, la seguridad individual se vé garantida en Lisboa, como en ninguna poblacion del universo.

Parejas de guardias municipales, que hacen las veces de nuestros *Serenos*; pero que no *cantan la hora,* y agentes de la policia, rondan las calles, plazas y paseos, y en ellos halla siempre el ciudadano un verdadero apoyo, y el forastero desorientado un guía seguro que le acompañe á la calle ó sitio cuya direccion ignora; y esto ejecutado con tal atencion, con tal tino, que á la persona más exigente agrada, y que dá al estranjero una escelente idea de los modestos empleados que en Lisboa vigilan por el reposo de sus pacíficos moradores.

Si en vez de recorrer sus entonces desiertas calles se encaminan ustedes al Tajo, si se deciden á dar un paseo por el rio en cualquiera de las lanchas que atracan á su orilla, estoy seguro de que al contemplar el hermosísimo panorama que ofrece la ciudad de las siete colinas, iluminada profusamente, me agradecerán el aviso, por que nada puede darse más bello, ni es capaz nadie de describir lo que entonces siente el alma.

Pocas poblaciones habrá en el globo cuyos habitantes puedan gozar con justicia del dictado de atentos que los lisbonenses, y en general los portugueses tienen.

La buena fé que se encuentra en sus comerciantes no creo pueda tener rival: su trato para el estranjero es delicado y lleno de atenciones, y si bien se los tacha de demasiado afectados, en lo que no ván del todo descaminados los que así los juzgan, no habrá quien de groseros pueda nunca tildarlos, aun en las clases más inferiores.

De carácter apacible como el clima de que disfrutan, es una rareza ver en ninguno de los sitios públicos escenas desagradables: son generalmente sóbrios, y la vagancia la miran con desprecio.

El traje característico de las mujeres de la clase media, hace asomar no pocas veces la risa á los labios de nuestras bellas que acuden á Portugal; y ciertamente choca bastante el verlas en todo tiempo provistas de su blanquísimo *lenço,*

pañuelo fuertemente almidonado que cubre su cabeza, y la capa de larga esclavina y anchísimo cuello que las oculta perfectamente sin dejar ver de su vestido más que una franja de tres á cuatro pulgadas en la parte inferior

Las labriegas y pescadoras, llevan sombrero de anchas alas; un corpiño ajustado y sin mangas ciñe su redondo y airoso talle, y una saya de lana, ó percal, no tan alta que se descubra la liga, pero ni tan baja que llegue al tobillo, es el complemento de su traje; pues lo más frecuente es verlas descalzas de pié y pierna; lo cual no obsta para que en sus orejas luzcan grandes arracadas de filigrana de oro, (*brincos*), trabajados con el primor que nuestros vecinos saben hacerlo, y cuya industria es uno de los ramos que mayor riqueza llevan á Portugal . . . .
. . . .

Despues de tres dias en los que habia disfrutado de tan escelente compañia, y que habian trascurrido «livianos como el placer,» una mañana nos anunció Tomás que él y su amigo Cayetano se dirigian á Setúbal, con el objeto de tomar en aquella playa los baños de mar, lo que nos afectó; por que sin sentirlo, nos habíamos cobrado un verdadero afecto; y no son ciertamente esta clase de amistades, lazos que con facilidad se rompan.

—Puesto que nuestra compañía se deshace, vámonos á Cascaes hoy mismo—me dijo Genaro—y para que no podamos arrepentirnos luego, voy volando por los billetes, mientras tú arreglas tu maleta; la mia ya lo está desde ayer.

Nada repliqué á mi amigo, por que igual pensamiento me dominaba, y apenas habia concluido mi faena ya aquél estaba de vuelta.

—¿Traes los billetes,? le pregunté.

—Y de banqueta; pues el *char-á-bancs*, único que queda disponible hoy, lleva ocupados todos los asientos interiores.

—Mejor, así como así tú fumas mucho y yo no lo hago mal; en el interior iríamos violentos las tres horas que se emplean en el viaje, sin poder echar al aire el humo del cigarro. Además, desde la banqueta disfrutaremos mejor de las vistas deliciosas que el camino nos ofrece, y el conductor nos servirá de Cicerone.

Conformes sobre este punto, y satisfecha la cuenta á nuestro huesped, á las cuatro de la tarde salimos todos cuatro de la fonda, despues de despedirnos del otro compañero de la víspera, y acompañamos á Tomás y Cayetano hasta la plaza del Comercio, donde se encuentra la estacion del ferro-carril del Sur.

Un apretou de manos fué nuestro adios, acompañado de la promesa de escribirnos, dándonos mútuamente cuenta de nuestra espedicion, y diez minutos más tarde nos hallábamos sentados en la banqueta *almofada* del susodicho *char-á-bancs* que desde la Plaza *largo do Pelourinho* que ustedes conocen, parte á las cinco de la tarde con direccion á Cascaes; y cuyo precio es, antes que se me olvide, quinientos reis por asiento; y además un pataco, ó sean cuarenta reis (ocho cuartos) por la maleta. Este aumento de precio es una especie de propina que cobra el conductor.

El chasquido del látigo se deja sentir y los caballos parten á escape lenvantando una nube de polvo, que nos envuelve. ¡Y nos quejábamos cuatro dias antes de la lentitud del ferrocarril y de las incomodidades del viaje!

Siguiendo la calzada que, formada por una calle de hermosos edificios costea la orilla derecha del Tajo, llegamos á Belem, donde no nos detenemos, pero en Pedonços tuvimos que hacer alto para que dos viajeros ocupen sus asientos que sin duda tenian tomados con anticipacion.

Mientras colocan sus maletas sobre la cubierta del vehículo, aprovecho el rato para dar á ustedes algunas noticias de este punto.

Distante de Belem una media legua escasa, puede ser considerado como su continuacion; y para su comunicacion con Lisboa, se sirven las familias que allí residen, bien de los ómnibus directos, bien tomando el vapor hasta Belem, y en el desembarcadero hallan á la llegada del buque, faetones á su disposicion, siendo el precio de cada asiento cuarenta reis.

La calle principal que atraviesa la carretera, la componen casas de tres y cuatro pisos, de construccion moderna, que en nada se distinguen de las de Lisboa, desde cuyos balcones se disfruta de una vista deliciosa; y en la fonda *da Gloria*, perfectamente montada, así como en varias casas particulares, se hospedan muchas personas que aquí, como en Belem, sin renunciar á hacer una visita diaria, cuando ménos á la capital, prefieren las aguas del Atlántico á las no tan puras del Tajo en aquel punto.

En la playa hay tambien tiendas-barracas para los bañistas, y como en Belem, los precios son arreglados y bueno el servicio.

Emprendimos de nuevo la marcha sin más detencion que la necesaria para dar un pequeño descanso á los caballos en Rivamar, frente á la barra del Tajo, guardada por dos fortalezas inespugnables, y despues de pasar por Caxias y Boa-viajen, tan pronto al escape de los caballos, como al paso, por la infinidad de pendientes que tiene la carretera,

en razon de lo accidentado del terreno, llegamos á Oeiras, en cuyo punto hicimos un segundo alto; viene despues Paço de Arcos, pueblo de pescadores en su mayor parte; pero de bastante extension, y en el cual se hallan bastantes quintas y jardines, que continuan sin interrupcion hasta Cascaes, á donde llegamos á la postura del Sol; hospedándonos en el *Hotel das duas Naçoes* conocido por el nombre de Hotel Español.

XIII.

HOTEL DE LAS DOS NACIONES.

Un thé de confianza. — En la playa.

Nuestro huesped era lo que se llama un buen hombre en toda la extension de la palabra. Nos recibió gorra en mano y prodigándonos reverencias hasta que nos dejó en la habitacion que debíamos ocupar; rogándonos que avisásemos en cuanto quisiéramos pasar á comer, pues los demás señores ya lo habian efectuado; aviso que no era de despreciar, pues se hacia sentir el apetito despues de ocho horas que habian trascurrido desde el almuerzo en Lisboa.

Cuando despues de haber comido perfectamente nos ocupábamos en fumar un cigarro mientras apurábamos una taza de excelente café, se presentó nuestro hombre en el comedor: hicímosle sentar á nuestro lado, y tratamos de conocer el terreno en que nos hallábamos por medio de preguntas, hechas al parecer sin intencion.

Dos familias habia solamente en la fonda: la una compuesta de una señora de alguna edad, su hija de unos treinta años y dos hijos de esta, niño y niña, de doce años aquél, y esta de diez; y la otra familia se componia de un matrimonio, dos hijos, el mayor de diez y ocho años y la segunda de unos catorce, y un nieto, niño de unos ocho años escasos: tanto esta familia como la anterior españoles.

Además habia otros dos caballeros, españoles tambien: de modo que, contando con nosotros, éramos en total trece huéspedes, número que no le agradó á Genaro, que es algo

fatalista, sin que á mí me importara dos ardides, siempre que estuviésemos con comodidad y no tuviéramos que quejarnos del trato de la fonda, cuya primer comida no me disgustó.

—Por lo demás, continuó el fondista con un acento andaluz muy marcado, son todas las personas que hoy tenemos de trato muy fino, y al parecer no las duele gastar el dinero: muy corrientes para todo, y despues de las comidas, se pasan el rato en el comedor «moviendo caraba»; (queria decir, en conversacion); y luego á las diez de la noche, cuando se sirven los *tenes* (prolongacion suya de thés), todo el mundo baja á *desparcirse* (otra edicion) á la playa, que como verán ustedes, no dista veinte varas de la puerta.

Un golpe de timbre hizo levantar á D. Francisco, que tal era el nombre del fondista, para acudir hacia donde aquel habia sonado, no sin decirnos al salir:

—Háganme ustedes la amabilidad de servirse dispensarme: vuelo á ver que puede ocurrir.

Era tiempo: Genaro no podia ya contener la risa, y yo dejé á un lado la seriedad.

—¿Qué te parece nuestro huesped, Genaro?

—Te aseguro que me hece feliz con su *caraba*, sus *tenes*, y sobre todo por la finura con que habla.

—Con tal que un dia no nos añada algo en las comidas como añade á las palabras, no creo que pasemos malos ratos con él.

—Tengo deseos de conocer á nuestros comensales, siendo como son paisanos nuestros, y—puesto que el desear nada cuesta—quisiera que fuesen personas conocidas.

—Tanto vás á pedir, que todo lo perdamos; pero ya no tardaremos en conocerlos: son las ocho, y puesto que á las diez se toma el thé, nos sobra el tiempo para vestirnos de un modo conveniente; que en pocas partes se lleva la etiqueta á tanto extremo como en las fondas de Portugal durante la temporada de baños.

D. Francisco se presentó en este momento; y como nos vió en pié, se dispuso á acompañarnos, alumbrando con una bujía, hasta que nos dejó en nuestra habitacion, cuya puerta cerró, despues de una profunda reverencia.

Hecha una trasformacion de nuestros trajes, acudí á mi libro favorito, á la obra que siempre leo con interés, el Quijote, en tanto que Genaro escribía algunas cartas, que un mozo se encargó de poner en el correo, diciéndonos además, que la hora de su salida era á las diez de la noche y que se recibia el de Lisboa á las cinco de la tarde; advertencia oportuna que le agradecimos.

Una hora habria trascurrido escasamente, cuando sentimos dos golpes dados con el nudillo de los dedos á nuestra puerta.

—¡Adelante! dijo Genaro, y penetró en la habitacion un hombre del pueblo, cuya presencia no era desagradable; por el contrario, revelaba un aire de bondad y de franqueza que prevenia en su favor.

Era el bañero del establecimiento, que venia á ponerse á nuestra disposicion y pedirnos hora para el baño del siguiente dia, despues de lo cual se retiró, no sin presentarnos su ancha mano y estrechar en ella la nuestra con la cordialidad sincera de un bravo marino; que tal era su profesion.

A eso de las diez y media, nos sorprendió el ruido de una campanilla que agitaba alguna mano loca, á juzgar por la continuacion del toque, y no sabíamos á qué atribuir aquel escándalo á tales horas, hasta que un rato despues se presentó Sebastian, el mozo de mesa, á decirnos que solamente por los señores se esperaba para tomar el thé.

No fuimos sordos á semejante invitacion, por que tuvimos muy presente el dicho de un célebre autor dramático: «el que se hace esperar á comer, no es bien nacido.»

Cuando pasamos al comedor, nadie faltaba en su respectivo asiento: ocupamos el nuestro despues de saludar con la mayor urbanidad, á nuestros comensales, que nos correspondieron de igual manera.

Pronto la frialdad ceremoniosa cedió el puesto á la más animada conversacion, gracias á Genaro que sirvió el thé á las señoras, en su cualidad de caballero más jóven, con un tacto de cortesano consumado; lo que nos ganó desde luego su benevolencia, y una escelente acogida por parte de los caballeros, que al final sacaron á relucir sus petacas.

—Señores, dijo uno de ellos ofreciéndonos un cigarro—estas señoras han sido tan amables con nosotros, que desde el primer dia nos han autorizado para fumar en su presencia, y se ha establecido de comun acuerdo el de desterrar todo cumplimiento; obrando todo el mundo con libertad completa.

¿Qué más podíamos desear? Dimos las gracias á todos, y ofrecimos nuestro concurso para hacer cuanto fuera necesario á mantener tan admirable unidad.

Despues de hablar de Lisboa, de sus monumentos, de sus paseos, etc. por espacio de media hora, se acordó, á peticion del sexo bello, el dar un paseo por la playa; puesto que la noche convidada á ello, y la luna brillaba ya en el cielo.

Como nos habia dicho el fondista, no distaba la playa cien pasos de la puerta de la fonda, y á ella nos dirigimos formando un solo grupo.

¿Has contemplado alguna vez lector de mi alma á la luz de la luna el espectáculo imponente que ofrece el mar? Entonces comprenderás lo que habremos sentido todos nosotros al aproximarnos á la orilla.

Las lanchas de los pescadores se mecen sobre las aguas en gracioso balanceo, mientras aquellos preparan sus redes para empezar su faena á favor de la claridad de la noche, entonando algunas de esas canciones llenas de sentimiento, cuyo secreto posee solamente la gente del pueblo, y que conmueven las fibras del hombre más escéntrico.

Un vientecillo suave riza la superficie del mar, cuyas olas vienen á morir blandamente en la arena, produciendo un cadencioso rumor, mientras que el ladrido de algun perro á bordo de una de las embarcaciones ancladas á poca distancia de la playa, se mezcla con el acompasado ruido que los remos de las lanchas pescadoras hacen; empieza la pesca y las redes son retiradas á la orilla, cargadas de millares de peces que se agitan confundidos, formando en caprichosos cambiantes fajas de brillantísimos colores. Hombres y niños van y vienen animándose unos á otros, y la faena continúa en medio de la universal alegría si la pesca es abundante.

¡Que bello es el contemplar el mar, y que dulce melancolía se apodera de nuestra alma ante un cuadro tan majestuoso! Allí se comprende el por qué de la bondad habitual de los marinos ¡Cómo ha de poder abrigar ruines sentimientos el que tiene ante sí continuamente la maravillosa obra de la omnipotencia de Dios, á quien adora en silencio desde el fondo de una frágil barca en medio de la inmensidad del Occéano, ora tranquilo y rizado apenas en la superficie por el beso de una blanda brisa, ora embravecido levantando sus espumosas olas cuando se desencadena furioso el vendabal.

¿Yo no recuerdo quien fué el que dijo: «Descreido, mira al mar, y si despues de contemplar su inmensidad, si despues de ver aquellas montañas de agua que parece amenazan confundirte, y sin más dique que las contenga que una barra de arena vienen á morir blandamente á tus piés, no se doblan tus rodillas para adorar al Eterno, necesario es que seas un impío.»

Eran cerca de las doce cuando con harto sentimiento abandonamos la playa, y nos dirigimos á la fonda. Media hora más tarde todo el mundo se habia retirado á su habitacion, y poco rato despues Genaro dormia como un bendito y yo me preparé á hacer lo mismo.

No haria un cuarto de hora que nos habíamos retirado, cuando sentí un ruido como de un cuerpo que se desploma,

que chocó contra la puerta de nuestro cuarto, acompañado de un profundo gemido; cosa que me alarmó no poco.

Llamé á Genaro, que dormia á pierna suelta; levantóse soñoliento, y abrimos la puerta que daba al pasillo, donde vimos al cocinero, que habia perdido el equilibrio, gracias á los sendos tragos que se habia propinado, y dormia la mona acurrucado contra la pared; sin que bastasen á despertarle las sacudidas de Genaro; en vista de lo cual le dejamos abandonado al dios de los borrachos y tratamos de conciliar el sueño que en mal hora nos habia interrumpido aquel sacerdote de Baco, cargo inherente á la mayor parte de sus colegas.

XIV.

A PRIMERA HORA.

La Boca del infierno.—El faro.

Apenas era de dia cuando me desperté, y ví que Genaro se hallaba ya levantado.

—¿Como tan pronto—le dije— tú tan perezoso de ordinario?

—Tu pregunta me estraña;—me respondió—Preciso es que tengas el sueño más pesado del mundo para que despiertes ahora.

—No te entiendo, si no te esplicas mejor.

—Pues me esplicaré. Digo que parece imposible que no te haya despertado el ruido que el cocinero, á quien Dios confunda, ha movido en el pasillo: en toda la noche no he podido pegar los ojos, por que no hacia mas que gruñir como un cerdo sin comida—Por fin, hará cosa de una hora, se tranquilizó y le sentí alejarse dando traspies y chocando con las paredes; pero ya me habia desvelado, y no pudiendo estar más tiempo en la cama, tomé el partido de vestirme; con que si quieres hacer lo propio, saldremos un rato á dar un paseo por la poblacion hasta la hora del baño.

—En seguida soy tuyo.

Y me vestí en un periquete.

Cuando salimos de nuestra habitacion, pudimos apreciar por el olor algun vestigio de la borrachera del cocinero, á quien dimos á todos los diablos, y momentos despues nos hallábamos á la puerta del Hotel.

Despues de discurrir algun tiempo por las calles de la poblacion, la mayor parte de ellas en pendiente, no tanto co-

mo las de Lisboa, pero empedradas no tambien como esta, nos hallamos otra vez en la playa, donde se establece á estas horas todos los dias lo que pudiera llamarse la pescadería, pues allí depositan los pescadores el fruto de su trabajo de la noche anterior, que se vende en puja, á subasta, no sin que autorice las ventas con su presencia un empleado de Consumos que exije de cada vendedor una parte del producto que recibe; cuya proporcion varia segun los casos.

Cerca de la orilla se veian anclados multitud de barcos y botes que esperaban á que la venta finalizase para largarse al mar á probar fortuna; los que no habian podido realizar su mercancía, dirigian la proa hácia Paço de Arcos, donde quizá se verian obligados á dejarla con peor resultado, y á medida que la especie de ancon que forma la playa iba quedando despejada, los bañeros armaban las tiendas para sus parroquianos, que no debian tardar en venir á tomar el baño de la mañana.

Pronto vimos á todos nuestros compañeros de fonda dispuestos á meterse en el agua, y nos decidimos á hacer lo propio; hablóse de la borrachera del cocinero, que no fué cosa del otro jueves para nadie, puesto que ya no les cogía de sorpresa, y cada cual se fué á su barraca de lona, de donde salimos unos despues de otros en un sencillo traje de baño formando un raro conjunto.

Despues de la ablucion, nos encaminamos á la fonda: el almuerzo no se hizo esperar mucho tiempo, y—fuerza es confesarlo— á no haber sido por el ruido de la noche precedente, nadie pudiera decir que el cocinero habia levantado el codo tanto.

A los postres, se trató de visitar lo notable que en la poblacion hubiese, para lo cual se contó con nuestro huesped, el cual nos dijo que no debíamos dejar de visitar la gruta famosa que se encuentra en la costa, á la salida del pueblo, conocida con el nombre de *Boca do inferno*.

Su nombre era bastante por sí solo para escitar nuestra curiosidad; así es que le rogamos fuese nuestro guía, á lo que accedió con el mayor gusto, y aun creo que por entonces no añadió letra alguna á sus palabras.

Dirigímonos por la calzada real hácia la costa, y como á cosa de quinientos metros de la poblacion dejamos aquella para seguir el sendero que conduce á la gruta. Pronto dió el fondista la señal de alto á los que formaban la vanguardia, y tomando la delantera nos enseñó á poco mas allá, una profunda grieta que desde el mar corta las rocas en una estension de cincuenta metros ó más, formando una especie de canal de poco más de un metro de ancho, por una altura de

veinte y tantos. En esta sima, á cuyo fondo apenas puede uno mirar sin sentir desvanecimiento, llegan las olas con un ruido formidable, y al chocar contra las paredes del canal, levantan verdaderas montañas de agua espumosa, que penetran por último en una especie de caverna practicada á su final.

Pocos pasos más allá, un puente de madera permite ver desde lo alto, la verdadera gruta llamada *Boca do inferno*, á la que se baja rodeando un enorme peñasco, por unos escalones groseramente practicados en la roca.

Las señoras prefirieron quedarse en el puente, y varios de nosotros descendimos á visitar su interior, que es digno por cierto del nombre que lleva.

Un arco de imponente altura, practicado por la naturaleza en una anchura de ocho á diez metros de luz por cuatro ó seis de espesor, permite distinguir un dilatado horizonte de agua, mientras á la derecha de este arco se forma una gran escavacion á través de cuya bóveda entran algunos rayos de claridad; divídese en tres departamentos la gruta, por soberbios pilares naturales que arrancan de su fondo, y bajo nuestras plantas se oye el mugido horrísono que forman las aguas al penetrar en aquel antro por ignorados conductos; siendo el conjunto tan majestuoso como imponente.

La subida de la marea nos obligó á reunirnos con los demás compañeros, que no cesaban de avisarnos á cada nueva ola que se estrellaba contra aquellas moles de granito, sin que nosotros pudiéramos oir sus voces.

Cuenta la gente sencilla diversas consejas acerca de la boca del infierno, que cada uno relata á su manera; si bien todos convienen en un punto esencial; todas las noches, á la primer campanada de las doce, gritos angustiosos se oyen distintamente dominando el estruendo de las olas; del fondo de aquella gruta se levanta una sombra, cuyo ropaje es la modesta túnica de las vírgenes del Señor; y despues de lanzar una horrible maldicion, vuelve á sumergirse en las aguas, hasta la noche siguiente. . . . .

Quizá contribuye no poco á semejante creencia la circunstancia de que, á unos diez metros de la *Boca do inferno*, se ven las ruinas de una casa, que segun la relacion, fué testigo ocular de escenas horrorosas, de crímenes inaúditos: pero ¡vaya usted á creer en cuentos! Si alguna vez el deseo de brillar en el mundo literario, siquiera sea como en el firmamento brilla un planeta de órden secundario, me llega á dominar, prometo á ustedes coordinar las diferentes versiones que he podido recojer sobre el asunto, que anotadas en

la cartera de alguno de nuestros novelistas célebres, podrian labrar la fortuna de cualquier editor, á real la entrega . . . .

Siguiendo la carretera, y como á cosa de un kilómetro de distancia, se eleva un faro que queriamos visitar á continuacion; pero las señoras se hallaban algo fatigadas, y el calor que sentiamos á pesar de hallarnos á la orilla del mar, nos hizo diferir nuestro deseo hasta la caida de la tarde, despues de la comida, y se acordó hacer el paseo á caballo en humildes pollinos.

El fondista se encargó de alquilar los necesarios, y á eso de las seis emprendimos la caminata, no sin que nos valiera algun chiste intencionado de parte de alguna comadre murmuradora, y no pocos gritos de los muchachos, que en Cascaes como en todas partes se hallan siempre dispuestos á mover algazara; pero nosotros no haciamos caso de pequeñeces; y como solo procurábamos nuestra distraccion, nada nos importaba de los dichos de aquellas mujeres ni de los chillidos de los chicos.

Al llegar al faro, ó como allí lo titulan *A Guia,* nombre debido quizá á la ermita que hay á su lado, echamos pié á tierra en la plazoleta que forma el atrio del santuario, en el que entraron las señoras; en tanto que nosotros subimos á la torre, construida de piedra silleria, por medio de una escalera de caracol, que aunque no muy ancha, es bastante clara.

Dos empleados se ocupaban en alumbrar los diversos mecheros que componen el aparato luminoso, y uno de ellos despues de hacernos una esplicacion detallada de cuanto podia llamar nuestra atencion, nos presentó un registro que se veia sobre una mesita, rogándonos estampásemos en él nuestro nombre.

En aquel libro no hemos tenido el placer de ver un solo apellido español; en cambio pusimos el nuestro con orgullo, y acordándome de nuestro inmortal Goya, me encaramé como pude por la armazon de hierro del aparato, y en la parte más elevada, puse el mio, imitándome algunos de los compañeros. ¡Debilidad disculpable, si se atiende á que bastante más abajo de aquellos apellidos figuraban algunos de ilustres viajeros de otras naciones!

Regresamos á Cascaes, y casi á todos nosotros nos esperaban ya cartas de nuestra familia; convirtióse un momento el comedor en salon de lectura, y la señora, madre de los dos niños, que viajaba acompañada de la suya, nos participó en sustancia que en la carta que acababa de recibir de su esposo, á la sazon residente en Lóndres, la encargaba no

dejase de visitar á Cintra, cuyos jardines, decia, no tienen rival; y desde luego acordamos todos el pasar un dia en aquel sitio real. Forzoso fué que el fondista hiciera preparar para el siguiente tres carretelas con este objeto, y con efecto, media hora despues vino á decirnos que habia quedado cerrado el ajuste, á razon de noventa reales por carretela; y que las tendríamos á nuestra disposicion á las ocho de la mañana.

XV.

UN DIA EN CINTRA.

Poco más de las ocho de la mañana serian cuando nos hallábamos reunidos en el comedor, tomando un ligero desayuno; y media hora despues, instalados en tres carretelas ni tan descompuestas que pudiéramos temer el quedarnos á pié en la mitad del camino, ni tan bien conservadas que no pudiéramos á través de las cubiertas mirar como por celosías, rodaban aquellos vehículos en direccion á Cintra, á donde conduce desde Cascaes una excelente calzada, cuyas empinadas cuestas rendian á menudo á los pobres caballos, obligándonos á detenernos algunas veces con el objeto de darles algunos ratos de descanso.

El camino se nos hacia más corto de lo que en realidad era; pues hay más de tres leguas de Cascaes á Cintra; pero la riqueza de vegetacion que por todas partes se encuentra y las muchas quintas y jardines que á cada paso se hallan, hacen que insensiblemente pasen las dos horas que próximamente se invierten en recorrer aquella distancia.

Frondosos bosques de árboles frutales dejan á duras penas paso á los rayos del sol; y al llegar al arrabal de aquel real sitio, tal y tan bello es el paisaje que se descubre, que no hay términos para alabarle. Desde el fondo de un profundo valle que á la diestra mano se distingue, hasta la cúspide altísima de una montaña, coronada por una muralla fortificada que á la izquierda del camino se levanta, la vista no tropieza en nada que de admirar no sea: creeríase uno trasportado á las pintorescas montañas de Suiza, si estas pudiesen ostentar una vegetacion tan privilegiada; pues no es

raro el ver que por el tronco de un vetusto roble se encarame la olorosa madreselva, y al lado del naranjo, cuajado de sus fragantes flores, alce majestuosa su copa el altísimo pino, á cuyos piés brota espontáneamente la violeta de suave aroma, oculta entre el cespéd que tapiza aquel eden.

Su posicion geográfica es al Noroeste de Lisboa, de cuya capital dista cinco leguas, y desde este punto hay establecido un servicio diario de ómnibus; siendo el precio de cada asiento 500 reis.

En la plaza real, se vé el palacio de los reyes; de arquitectura irregular, coronado de góticas almenas de grande elevacion y ornamentado con mucho gusto; rodeánle anchos fosos y se halla además defendido por macizos torreones.

No lejos de la plaza, encuéntrase un edificio de sólida construccion, cuyas ventanas guarnecidas de fuertes rejas de hierro revelan el uso á que se halla destinado. Es una cárcel, cuyos pobres moradores con lastimero acento imploran la caridad del transeunte; para recogerla se valen de unos esportillos que por medio de unas cuerdas se ven pendientes de las rejas.

En frente al palacio, y apenas descendimos de los carruajes, nos rodearon varios guias ofreciéndonos sus servicios, y elegimos uno que por su aspecto y el modo que tenia de producirse, revelaba no ser estraño al trato de estranjeros. Desde luego nos advirtió que cambiaria la costumbre establecida ordinariamente de subir en seguida hasta el Castillo de la Peña, prometiéndonos que llegaríamos á él sin mucha fatiga; lo cual, como es de suponer, aceptamos sin dificultad.

Condújonos, pues, volviendo atrás los pasos, á la Quinta propiedad del Duqne de Saldanha, á la cual sirve de entrada un ancho porton de hierro enverjado, que da acceso á una pequeña rampa flanqueada por dos calles de soberbias magnolias y árboles frutales, hasta llegar á una plazoleta de forma circular, en cuyo frente se halla el palacio-habitacion del ilustre propietario.

En el centro de la plazoleta se levanta un monumento de forma elegante, en uno de cuyos lados, el que dá frente al palacio, se lée una inscripcion que traduzco literalmente:

«El amor de Dios, del cual nace el amor de la familia, del que deriva el amor de la patria, es el solo que puede asegurarnos la felicidad en esta vida y en el cielo la bienaventuranza. *El Mariscal Duque de Saldahna.* 1870.»

A medida que avanzábamos, crecia nuestra admiracion: allí se veian en estudiado desórden las flores más caprichosas, las plantas tropicales más preciadas, crecer á la sombra de las modestas acacias ó al lado de los floridos almen-

dros: fuentes de diversas clases de arquitectura, grutas abiertas en la roca y tapizadas de follaje que convidan á descansar un momento bajo su bóveda; profundísimos barrancos tapizados de flores; aquí el geráneo de rosa exhalando su agradable perfume, al lado de la camelia de vista tan preciada; verdaderos bosques de magnolias y dálias de diversos matices por todas partes. Hé aquí un débil bosquejo de lo que aquella Quinta presenta al viajero.

Visitamos la estufa, que es admirable; entramos en seguida en un pequeño edificio de planta baja destinado á la cria de los innumerables peces que pueblan los estanques de la Quinta, en donde se pueden observar todas las fases porque pasa el pececillo desde la avivacion del huevo hasta su completo desarrollo. Desde este sitio pasamos á la Quinta de don Fernando, padre del Rey actual, en la que todo cuanto á la vista se ofrece es un motivo de admiracion constante.

Nuestro guía nos condujo por fin al Castillo de la Peña, cuya magnificencia asombra, tanto por su construccion, que puede pasar por un bellísimo modelo de arquitectura gótica, como por el lujo con que se hallan amuebladas sus habitaciones; despues de recorrer á nuestro gusto la mayor parte de ellas, pasamos á la plataforma del castillo, desde donde se divisa un panorama tan bello, que renuncio á su descripcion; por que no hallo medio de aproximarme á la verdad. Unicamente diré que desde allí se divisa á lo lejos el mar, sobre cuyo nivel nos hallamos á la altura de más de novecientos metros; en lo alto del monte vemos la estátua colosal de Vasco de Gama, y por último, el guía nos hizo percibir el convento de Mafra, que viene á ser el Escorial de los Portugueses.

Desde la plataforma pasamos á la capilla, riquísima en escultura y en detalles artísticos; siendo allí todo digno de apreciar, por lo cual me creo relevado de hacer de ello una minuciosa relacion.

Concluiré diciendo á ustedes que aquel palacio fué fundado á principios del siglo VI, y que fué destinado á convento: hoy tiene un empleo no ménos aceptable: aquél nido de águila es el Santuario en el cual mora con frecuencia un modelo de padres de familia, un amante esposo y una esposa bella y más que bella feliz.

Por distinto camino descendimos al pueblo, hallando por todas partes motivos de admiracion: nos detuvimos en la fonda con el doble objeto de descansar de nuestra fatiga y el de reponer las fuerzas en el comedor, y en seguida pasamos á visitar la Quinta que pertenece al Marqués de Balada, notable bajo todos conceptos; pero en ella al fin, se vé el traba-

jo del hombre en el cuidado de las plantas, mientras que en las anteriores no se percibe en nada, haciendo así la ilusion más completa.

No dejaré de aconsejar á ustedes que se hagan conducir á la preciosa Quinta del Sr. Kook, y en ella podrán admirar bellezas artísticas de inapreciable valor y de incontrastable mérito.

En resúmen: Cintra es una verdadera maravilla, digna de ser visitada por todos los que amen lo bueno, tanto en la parte monumental como en la más hermosa de todas; en la sábia y pródiga naturaleza, que ha derramado sobre aquella enorme roca todos sus encantos.

XVI.

REGRESO Á LA PATRIA.

Una carta de Setúbal.

Los dias que sucedieron fueron dedicados á tomar los baños, lo que efectuábamos antes de las ocho de la mañana y despues de las tres de la tarde, segun costumbre allí establecida. Por lo demás, nuestra vida se hizo tan uniforme, que puede reducirse á decir á ustedes que en las horas en que el Sol no molestaba demasiado, nos paseábamos, bien á lo largo de la bellísima playa, ó bien nos dirigíamos á un precioso jardin destinado á paseo público, que por sus excelentes condiciones era el punto de cita de las familias españolas que en número no pequeño se hallaban hospedadas en los diversos hoteles de Cascaes.

Por las noches, si en el pequeño teatro que en aquella villa tienen no habia funcion, ó en el paseo no ejecutaba algunas piezas de música la banda militar, organizábamos pequeñas espediciones en lanchas por el mar; de modo que las distracciones no faltaban nunca, y los españoles éramos perfectamente acogidos en todas partes.

El pueblo de Cascaes visto desde el mar, con sus casas de una blacura deslumbrante, presenta un bonito aspecto, y en su playa, espaciosa y bien resguardada se nota siempre mucha animacion.

Tres son los principales hoteles que se hallan en el: El Español, cuyo título es *das duas Naçoes*, el *Lisbonense* y el *Central*; buen trato, amabilidad suma y economía, son las tres principales cualidades que el bañista exige, y puede asegurarse que ninguno queda descontento,

Además hay varias casas particulares, que admiten pupilos con bastante economía, si bien hay que desconfiar de algunas de ellas, pues aparentan lo que no son. Baste decir, que á un español que conocí en Cascaes, se le ocurrió un dia el tomar una jícara de chocolate, y se lo sirvieron en una taza, líquido como si fuera caldo y con una cuchara, como si se tratára de tomar una taza de thé.

Luego he podido convencerme de que él se habia tenido la culpa, por querer buscar más economía, alojándose en una casa de pescadores; y creo, salvo el parecer de ustedes, que en viaje no es la economía lo que más se debe buscar, sin que por esto sea mejor cosa el despilfarro; sin embargo, cada uno hace siempre lo que mejor le parece, y hace perfectamente.

Por fin, hubo que pensar en regresar á España, y con bastante sentimiento nuestro nos despedimos de aquella sociedad, de la cual habíamos recibido tantas muestras de verdadera simpatía; que los españoles en todas partes se distinguen por su carácter franco y por la bondad de sus sentimientos.

Salimos, pues, de Cascaes á las cinco de la mañana, y al llegar á Lisboa nos hospedamos en el mismo hotel, del que teníamos buenos recuerdos.

A nuestra llegada preguntamos por nuestros antiguos comensales, y el fondista nos contestó que segun carta que de Tomás habia recibido, se hallaban aun en Setúbal, con pocas intenciones de dejar tan pronto aquella poblacion.

Dos dias despues salimos de Lisboa; y como quiera que ya conocen ustedes el camino hasta Madrid, al llegar á Ciudad-Real, me despido, no sin darles á conocer la carta que recibí á los pocos dias de mi estancia en este punto.

Héla aquí:

«Setúbal 20 de Agosto.

Nuestro querido amigo: Con el placer que usted puede imaginarse hemos recibido su última carta, en la que nos dá cuenta de la espedicion á Cintra; si bien hemos esperimentado el disgusto de no haber sido de la compañía, y el mayor aun de que ya no podamos reunirnos en Lisboa á nuestro regreso.

Me pide usted noticias acerca de nuestra vida en este pueblo, y voy á satisfacer su deseo en cuanto pueda.

Nos hallamos en la *fonda de la Union*, y además de que en ella nos encontramos perfectamente instalados, y no á tgran precio; pues solamente pagamos veinte reales diarios, enemos la fortuna de estar entre españoles. Hay además otra fonda titulada de *Las Cuatro Naciones*, construida de

nueva planta, frente á la marina, y varias casas de huéspedes, bastante económicas.

Los alrededores son muy pintorescos, la playa es arenosa y muy limpias las aguas. Siento no po ler decir otro tanto de las calles de la poblacion; pues se hallan algo descuidadas, si bien de noche están alumbradas por faroles de gas.

El precio de los baños es el corriente en todas partes por ésta tierra: un pataco por cada persona, y los bañeros son tan cuidadosos y amables como en Lisboa.

Aquí si bien las diversiones no abundan, los bañistas españoles nos reunimos todas las noches en uno de los dos cafés que hay en esta poblacion, y seguimos la costumbre de nuestros paisanos; murmurar de todo mientras tomamos una taza de café. Esto es todo lo que respecto á nosotros puedo decirle; añadiéndole que echamos muy de ménos á usted y á Genaro y que guardamos muy buen recuerdo de los paseos que por Lisboa hemos dado y de las visitas á Belem, á donde le prometo ir todos los dias desde aquella capital, en cuanto á ella regrese, que no creo sea ya tarde; pues Cayetano me anuncia que se vuelve á Madrid uno de estos dias, y yo no me decido á quedarme aquí aislado.

Y á propósito de Cayetano, le participo que ha comprado y llevará consigo, nada ménos que dos loros, una cotorra y un *tití,* con los cuales pasa la mayor parte del dia, convertido en maestro de tales animalitos; con el objeto, dice él, de tener á su regreso á Madrid un recuerdo constante de los buenos ratos que ha tenido en Portugal.

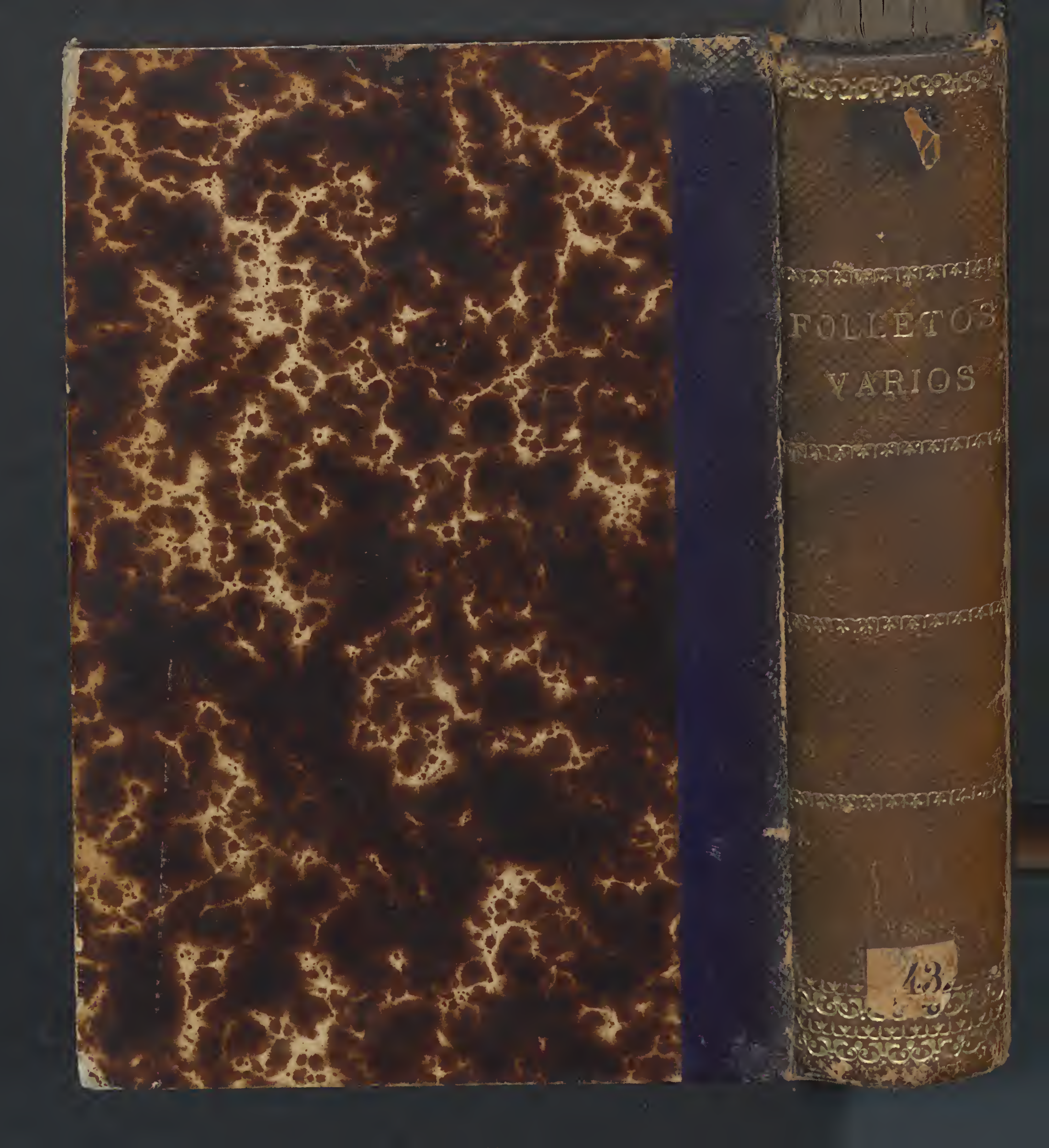
Adios, amigo mio: hasta que le abrace, su afectísimo *Tomás*. . . . .

He cumplido mi compromiso, amigos lectores. Con temor grande empecé á escribir éstas páginas, y mil veces hubiera desistido de mi empresa, si no me animase por otro lado el deseo de ser útil en algo á mis compatriotas, que guiados por la fama merecida de que goza Lisboa y sus alrededores, se hallan á su llegada á cualquiera de ellos, con que ni una guía encuentran que pueda indicarles las cosas más notables siquiera, ni una noticia aproximada á la verdad de lo más indispensable que necesitan conocer, como son baños, fondas, etc., etc. Solamente ruego á ustedes tengan en cuenta, que si éste libro carece de condiciones literarias, al ménos podrán convencerse de que tiene una ventaja: la de la verdad, que no es poco tener en los calamitosos tiempos que acordamos.

FIN.

ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
11	14	satinada..............	saturada
12	42	Mambino.............	Mambrino
19	40	700...................	600
43	41	apesar................	apenas
56	24	asustos...............	asuntos
62	12	edicion............:..	adicion


FOLLETOS
VARIOS
43